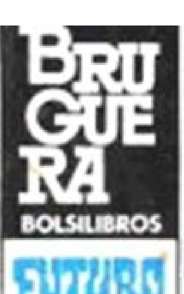


CONQUISTA DEL ESPACIO

SAMURAI, SIGLO XXI

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

SAMURAI, SIGLO XXI

Título Original: *Samurai, Siglo XXI*

Colección: La Conquista Del Espacio 683
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

Tres enemigos quedaban aún con vida. Sólo tres.

Pero él estaba solo. Eso no le importaba demasiado. Nunca le había importado. Se sabía lo bastante capaz de enfrentarse a muchos adversarios. Lo acababa de demostrar sobradamente. A su alrededor, hasta diez hombres yacían decapitados, mutilados terriblemente o atravesados de lado a lado sin piedad. Eran todos cuantos habían osado medirse a él.

El humo, las llamas y el crepitar del fuego en las casas de papel y madera, era todo cuanto rodeaba la dantesca escena. Y allí, en medio de aquel cerco flamígero, ardiente e infernal, ellos cuatro. Él y sus tres enemigos mortales.

Los estudió en los breves segundos que, inevitablemente, precederían al enfrentamiento feroz y despiadado, donde sólo un final era posible: la muerte.

Su muerte o la de aquellos tres guerreros que hacían caracolear sus caballos, alrededor suyo, antes de lanzarse al ataque. Un ataque que parecían seguros de llevar a cabo triunfalmente.

El solitario guerrero tiró de las riendas de su caballo, mientras sujetaba con mano férrea su espada, su temible espada curva, afilada y tinta en sangre. Había perdido su escudo en la lucha, lo cual era ya otra ventaja notable para sus antagonistas, dueños aún de ellas, y sólo podía ofrecerles la resistencia de su casco, su armadura articulada, su férreo brazo y su espada. Suficiente para un *samurai* que se preciara de serlo.

De repente, emitió un alarido ronco, inarticulado, vibrante. Era la voz de su propio estímulo, su feroz grito de batalla, que enervaba al enemigo. Y se anticipó a las intenciones enemigas, tomando él la iniciativa pese a todas sus desventajas.

Eso sorprendió y desorientó considerablemente a los tres enemigos.

Sus ojos almendrados, crueles y fríos, le contemplaron bajo los yelmos dorados de *samurais* imperiales. Luego, la espada del solitario luchador cayó implacable sobre uno de los desconcertados enemigos. Un brazo voló por los aires, seccionado limpiamente por el tajo de la espada vigorosa y potente. Un berrido humano de profundo dolor escapó de labios del rival abatido, que chorreando sangre por su hombro mutilado, cayó de costado, arrastrando consigo a su aterrorizado caballo.

Los otros dos cargaron contra él sin pérdida de tiempo, antes de que la espada sangrante pudiera alcanzarles también a ellos. El nuevo mandoble del jinete solitario golpeó en uno de los escudos, abollándolo con violento impacto. El jinete vaciló en su silla, pero soportó el embate, y lanzó contra su enemigo un brutal tajo en horizontal, imprimiendo a su espada un sesgo en abanico. De haber alcanzado al solitario luchador, le hubiese seccionado el cuerpo en dos limpiamente.

Pero éste reaccionó con increíble instinto, tirando de las riendas de su montura. El animal relinchó, irguiéndose sobre sus patas traseras cuando el *samurái* enemigo atacaba… y su cuello, limpiamente segado, dejó saltar por los aires la cabeza del noble bruto, con su crin repentinamente bañada en sangre. Con su montura descabezada, lo mismo que en una delirante escena demoníaca, el *samurai* que luchaba solo pareció por un momento una imagen irreal, surgida de los infiernos. Emitió su alarido nuevamente, al ver decapitado a su caballo, y se precipitó con aquel cuerpo equino sin cabeza sobre el adversario, como una catapulta.

La espada silbó en el aire, dejando dispersar enormes gotas rojas y calientes. El escudo se alzó, rápido, para cubrir el rostro del que poco antes decapitara al caballo.

No sirvió de nada. La hoja de acero pudo penetrar entre el brazo y el obstáculo de metal. El resultado fue espantoso, sangriento. El filo segó de lado a lado la cara ancha y amarilla del combatiente. Nariz, parte de su boca y ambas mejillas, se hundieron bajo aquel tajo brutal, en medio de un torrente sanguinolento. Con un estertor atroz, vomitando más sangre todavía, desorbitados los ojos, el luchador herido cayó de la montura, revolcándose en el suelo fangoso del poblado rebelde que momentos antes asaltaran los guerreros imperiales en salvaje represalia por sus numerosas derrotas a manos de los luchadores que combatían al emperador de la dinastía Heian.

El único superviviente del trío miró aterrado al adversario que en tan breve espacio de tiempo había acabado con sus dos compañeros,

como remate a su increíble gesta de abatir por sí solo hasta a una decena de hombres fuertemente armados y preparados para la guerra. Decena que era ya una docena, y a la que él no quería en modo alguno añadir su propia persona.

Con un grito medroso, dio media vuelta a su caballo y emprendió rápida fuga del lugar, dejando tras de sí aquel caos de destrucción, ruina y muerte. Pero el *samurai* solitario y terrible no conocía la piedad. Tampoco la había visto poco antes en los asaltantes imperiales, que pasaran a sangre y fuego incluso a mujeres y niños indefensos, en una matanza estremecedora.

Por tanto, actuó como ellos lo habían hecho. Su rostro joven, anguloso, de fuertes rasgos y vigorosa expresión, se crispó en un gesto de rabia infinita. Sus rasgados, oblicuos ojos oscuros, llamearon. De nuevo su grito de guerra brotó de entre los prietos labios, y el *samurai* alzó su brazo armado. Luego, lo hizo descender, dando un poderoso impulso a sus músculos. La espada voló de su fuerte mano nervuda. Silbó en el aire, empapada en el rojo de la sangre humana.

Y alcanzó fatalmente en la nuca a su adversario que huía. El acero se hincó profundamente entre el casco y la armadura del *samurai* imperial. Este se abrió de brazos con un alarido terrible, y cayó de lado, quedando colgado de un estribo de su caballo. El animal siguió galopando a través del humo y el fuego, desapareciendo en la tarde teñida de rojo y de negro, mientras su jinete golpeaba sordamente las piedras y los charcos fangosos, dejando caer la espada que hiciera en su nuca aquel boquete espantoso y mortal, porque la sangre fluía, dejando un largo reguero a su paso.

El vencedor se quedó solo, rodeado de cadáveres, de llamaradas, de humo, de olor a sangre y a muerte. Estaba habituado a esas cosas desde muy niño. Pero la victoria de ahora le dejaba un sabor amargo. Después de todo, sólo había podido vengar a una pequeña parte de los campesinos asesinados por las hordas del emperador, a los pobres ancianos, mujeres y niños que, en inmensa mayoría, ocupaban el lugar, defendidos solamente por unos pocos hombres jóvenes. Ahora, todos ellos estaban muertos. Y su amada Suzuki, desaparecida. Capturada por los esbirros imperiales, por el perverso y poderoso Matsu, general de las tropas del emperador en aquella región.

—Oh, Suzuki, querida mía, mi adorada Suzuki, ¿por qué tuvo que ocurrir todo esto? —murmuró con dolor el bravo *samurai*, bajando de su caballo y acercándose a la casa que ya sólo era pavesas, en cuyo interior yacían los padres de Suzuki y su propio hermano pequeño, Tsuru. Sólo

ella, la hermosísima y dulce Suzuki, había salvado su vida. Pero ¿a qué precio? Ahora partía, prisionera, a viva fuerza, en brazos de su captor, el general Matsu, para acabar siendo su concubina favorita… o para morir sin remedio si defendía su honra.

Se dejó caer de rodillas. No lloró, porque un *samurai* jamás lloraba. Oró por los muertos a Buda, balbuceó dolorosamente plegarias amargas y sentidas, sin que sus secos ojos oscuros reflejasen otra cosa que ira e impotencia.

Y así, impávido, como una estatua, como si hubiera encontrado la muerte postrado así, de rodillas ante los restos de la que fuera casa de su amada, el guerrero rebelde Kobe Sendai permaneció inmóvil durante horas enteras, hasta que la noche, oscura y fría, cayó sobre el lugar de la muerte y de la destrucción, y la lluvia comenzó a batir los cuerpos sin vida y los largos regueros de roja sangre.

* * *

No sabía cuánto tiempo llevaba así. Ni le importaba. Nada importaba ahora. Él había pretendido volver a su aldea natal, a reunirse con los suyos. Y con Suzuki, sobre todo.

Y había llegado tarde. Cuando las fuerzas imperiales, en su tarea de arrasar las regiones rebeldes, habían ya batido la zona, dejando tras de sí regueros de muertos y de casas incendiadas, de bienes expoliados, de mujeres violadas o capturadas. Unos pocos soldados, una docena y un oficial, montaban guardia en el lugar para entonces.

Pensaban ellos que era fuerza sobrada contra cualquier rebelde que osara aparecer por allí. Pero no. No había sido suficiente. Un solo rebelde, un solo *samurai* enfrentado a la tiranía del emperador, había bastado para acabar con todos ellos en increíble y feroz batalla. Pero era una victoria tan hermosa como inútil. Con ella no devolvía la vida a sus viejos parientes asesinados, ni a la familia de Suzuki, ni rescataba a su amada, prisionera del general Matsu, como le informara orgullosamente uno de sus soldados antes de morir. No lograba más que hacer pagar vidas con vidas. Pero Matsu y sus hordas de rapiña y represalia, seguían con vida, volvían triunfales a la ciudad, aunque ignorando que tras ellos, un solitario luchador dejaba sin fuerzas armadas el arrasado pueblo.

Llovía con fuerza cuando se incorporó lentamente, empapado en agua, aterido e impávido. A un *samurai* poco podía importarle el frío, la humedad, el dolor o la fatiga. Todo lo podía soportar un guerrero con

honor, valor y dignidad.

Se retiró a un pequeño cobertizo milagrosamente en pie aún. Se acurrucó dentro de él. Una gallina yacía allí, decapitada por el acero de un soldado. Reunió unas pocas ramas y prendió fuego. Desplumó a la gallina y la asó a la débil llama. Devoró un trozo del ave con hambre casi animal. Era el primer bocado en siete largos días de cabalgada tratando de llegar a tiempo de salvar a su gente, cuando supo, estando más al norte, que Matsu se disponía a arrasar aquella parte de la región, siguiendo órdenes imperiales. Era capaz de resistir días y días sin comer ni beber. Pero todo tenía su límite.

Bebió luego agua de lluvia, depositada en un cuenco agrietado por el golpear de los cascos de los caballos del invasor imperial. Y se sintió mejor. Incluso tuvo deseos de dormir.

Y se durmió, no sin antes atar a un árbol a un caballo sin jinete, un hermoso animal blanco y negro, manchado, cuyo jinete murió en la batalla. Esta seria desde ahora su montura, puesto que su fiel caballo cayera decapitado al salvarle a él la vida.

Se quedó profundamente dormido. Sabía que no existía peligro inmediato. Las tropas imperiales estaban demasiado seguras de su triunfo. Había desde allí tres jornadas hasta la ciudad. Sólo cuando supieran que sus hombres habían sido diezmados, iniciarían una expedición para cazar al audaz enemigo que había sido capaz de tal cosa. Pero eso, cuando menos, faltarían cuatro o cinco días como mínimo.

Kobe Sendai, el joven y poderoso guerrero rebelde, reposaba ahora, tras su increíble triunfo sobre tan numeroso y fuerte enemigo. Su morena cabeza reposaba sobre unos cestos de mimbre, y su rostro, al fin, tomó durante el sueño, por primera vez en mucho tiempo, un aire apacible y sereno, que dulcificó considerablemente sus viriles, enérgicos rasgos.

Durante su sueño, le fue imposible sentir la llegada de aquella luz súbita, que planeó sobre el villorrio destruido y humeante, durante unos breves segundos. Luego, suavemente, la luz descendió, se posó en medio del claro, ahuyentando con vivo terror a un perro hambriento que humeaba entre los cadáveres, en busca de algo comestible. La luz se extinguió lentamente. Una forma oscura, opaca, destacó en la noche, bajo el aguacero persistente. Tenía una singular forma hemisférica y brillaba con un negro tono metálico al ser mojada por la lluvia.

Una escotilla se abrió silenciosamente en el cuerpo extraño. Todo

ello en medio de un profundo silencio, sin el menor ruido desde que la luz surgiera en el aire de la noche lluviosa. Alguien emergió del cuerpo negro con lentitud. Unos ojos se fijaron en el cuerpo que dormía en el cobertizo. La figura se movió hacia la rampa que se había formado, brotando de la escotilla hasta el suelo. Descendió, pisó la blanda tierra empapada en agua y en sangre. Los ojos, inescrutables, le recorrieron todo escudriñadoramente: cuerpos sin vida, regueros escarlata, ruinas humeantes, miembros mutilados, caballos aún agonizantes…

Después, muy lentamente, la mirada giró hasta fijarse en el dormido. El recién llegado desde el aire, extrajo algo de sus ceñidas, oscuras ropas brillantes. Algo metálico brilló en su mano enguantada. Lo proyectó sobre el dormido *samurai*.

Luego, accionó un resorte. Un rayo de luz, delgado e intensísimo, brotó del objeto, cayendo sobre el *samurai*. Kobe Sendai ni siquiera despertó al recibir el impacto de esa luz. Pero su cuerpo sufrió un estremecimiento, antes de volver a su inmovilidad total.

El extraño apagó el ingenio. El rayo luminoso dejó de herir la oscuridad surcada por la lluvia. Avanzó hacia el cobertizo. Llegó junto al dormido y le estudió en silencio. Luego, se inclinó. Tomó a Kobe Sendai en sus brazos, no sin antes enfundar en su vaina la espada de *samurai* tinta aún en sangre enemiga. Con todo ello, regresó a la forma negra y hemisférica que aguardaba en el claro.

Penetró en ella con su carga humana. La escotilla se cerró nuevamente tras él, después de desaparecer la rampa dentro de la extraña nave. Tras unos momentos, la luz volvió a envolver aquel cuerpo misterioso. Se elevó como un resplandor irreal, sobre aquella región del Japón medieval azotada por la violencia de las guerras entre los rebeldes y el emperador.

Luego, la luz se extinguió en el negro cielo, sin dejar rastro. Abajo, en el pueblo nipón, arrasado por la batalla, sólo quedaron los humanos muertos, los caballos vivos o agonizantes, y ni el más leve rastro de Kobe Sendai, el formidable guerrero rebelde.

CAPÍTULO II

—¿Misión cumplida, Shark?

—Misión cumplida, oh, mi señor, poderoso Kahngor.

—Perfecto. ¿El viajero ha vuelto en sí?

—Todavía no. Le suministré una fuerte dosis de luz narcótica para evitar posibles complicaciones.

—Hiciste bien, Shark. La, primera parte del plan ha resultado. Esperemos que tengamos en lo demás la misma fortuna.

—¿Por qué no habríamos de tenerla, señor? Con mis propios ojos pude contemplar su gesta a través del Temporama. El solo acabó con trece enemigos poderosos y despiadados, más fuertemente armados y protegidos que él.

—Lo sé. Elegimos bien a nuestro hombre. Ahora sólo falta que sepa adaptarse a un mundo que es muy diferente al que abandonó.

—Esa es tarea mía, señor. Dejadla en mis manos.

—Así lo haré, mi fiel Shark —habló Kahngor con voz calmosa y fría —. Cuando ese hombre sea capaz de entender, lo traes a mi presencia, pero no antes. Imagino que su mentalidad ha de ser muy diferente a la nuestra.

—Lo es, señor. No sólo por cuestión de época, sino de raza y ambiente. Es un oriental con una forma de ser y de pensar muy concreta. Y además de eso, es un *samurai*. Ello es lo que más dificultará las cosas.

—Pero también lo que le otorga a nuestro hombre esa condición suya que le hace idóneo para nuestros planes, ¿no es cierto? —observó con suave ironía Kahngor.

—Cierto, mi señor. Por ser un *samurai* y por ser como es, está ahora aquí —sonrió Shark, servil—. El resto, corre de mi cuenta.

—Pues entonces a ti te lo dejo. Espero hagas con él una buena labor. Imagino que tendrás que someterle al Mentalizador Central…

—Resultará inevitable. No sólo es cosa de adaptarle a nuevos modos, sino también a nuevas formas de pensar, de ser, de sentir.

—No va a ser fácil.

—Nunca esperé que lo fuese. Tampoco lo ha sido viajar hasta allí, mi señor, y obtener el ejemplar adecuado para nuestros objetivos. Sin embargo, aquí está ahora, y no puedo quejarme de haber hallado lo más idóneo.

—Muy bien. Ve a trabajar entonces con él sin perder tiempo, Shark. Ya me dirás en su momento cómo marchan las cosas…

—Os tendré informado puntualmente de todo, oh, poderoso Kahngor.

Y Shark se inclinó, reverente, ceremonioso, ante el impresionante ser acomodado en el Trono del Poder, allá en lo alto de la escalinata de acceso a su Suprema presencia. Retrocedió así el hombre de cráneo rapado y único ojo visible, mientras su cuenca izquierda aparecía tapada por un parche de metálico brillo, allí donde hubiera tenido que tener el otro ojo. Shark vestía enteramente de negro, en tejido brillante, lustroso, que se ceñía a su cuerpo alto y musculoso, bajo la flotante capa de igual tonalidad sombría. Sus manos aparecían igualmente cubiertas por guantes negros, lívido, como el de un cadáver de afiladas facciones, y las luces del amplio salón hacían brillar su cabeza calva, como si fuese una esfera de marfil.

Salió del recinto reservado a las audiencias de Kahngor, llamado también Señor de Señores y Amo de Amos. Quedó solo en su enorme trono de altísimo respaldo tallado en dura piedra irisada aquel singular personaje a quien todos debían respeto y devoción absolutos.

Kahngor se incorporó lentamente, tras meditar en silencio unos instantes. Era una figura aterradora. De estatura superior a los dos metros y medio, corpulencia ciclópea, músculos de acero, tensos y elásticos a la vez en los movimientos de su cuerpo gigantesco, poseía sobre aquella figura musculosa, casi titánica, un rostro amorfo e inquietante, de rara lividez amarillenta, ojos estrechos y rojizos, de pupilas de rubí, y facciones pétreas, como talladas sobre un mármol vivo y céreo. Su cráneo oval aparecía cubierto por un casco negro brillante, en cuyo centro centelleaba una rara gema poliédrica, facetada, de destellos rojizos y amarillentos, entre los que a veces se entremezclaba un súbito fulgor purpúreo, rápido y fugaz.

El ropaje largo, sedoso, flotó en torno a su colosal figura como un manto alado, cuyos pliegues parecían membranas de alas enormes, prestas a desplegarse mágicamente para remontar un vuelo imposible. Cruzó silenciosamente la sala, sobre su calzado negro, salpicado de pedrería, y una espesa cortina roja le cubrió a ojos de sus silenciosos, rígidos y casi inanimados guardianes erguidos a ambos lados del trono, con sus lanzas en vertical, apuntando a la inmensa, altísima bóveda del lugar.

—¡Paso al Señor de Señores, al Amo entre los Amos, al Gran Kahngor, El Supremo! —se oyó allá lejos, a voces que, como un eco repetido, iban insistiendo en su llamada a través del inmenso y sombrío palacio del ser superior.

En la vasta sala del trono nadie quedó, salvo los guardianes inmutables, montando su guardia constante. De unos pebeteros situados en los ángulos de la cámara regia, subían vapores aromáticos, dulzones y voluptuosos, difundiendo por la atmósfera del lugar un fuerte olor a plantas exóticas y a esotéricos vapores.

* * *

Kobe Sendai abrió los ojos.

Sus pupilas, entre los almendrados párpados, otearon en una y otra dirección, sin entender demasiado lo que veían. Un zumbido persistente, en el fondo de su cerebro, anulaba y diluía sus propios pensamientos.

Trató de entender algo, de darse cuenta de lo que sucedía. No pudo hacerlo. El aturdimiento era demasiado. Aquello que le rodeaba le era extraño. Evocó, vagamente, en medio de su actual confusión, que se había quedado dormido bajo la lluvia, en un cobertizo rodeado de ruinas incendiadas, cadáveres y silencio de muerte. Que su mente la ocupaba en aquel momento, por encima de toda otra idea, el recuerdo dolorido y rabioso de la pérdida de su amada Suzuki, cautiva del odioso general Matsu, su feroz enemigo. Y por la muerte de tantos seres queridos, indefensos, arrasados por la furia de las hordas imperiales.

Ahora, de todo eso no le era posible ver nada. Ni lluvia, ni ruinas, ni el paisaje familiar japonés, ni los muertos en la cruenta batalla. Nada de nada. Sólo vislumbraba parpadeos de luces de mil colores en altos muros desnudos, extraños artilugios que no entendía, y su propia persona, sujeta a una especie de plataforma giratoria vertical, girando lentamente bajo una enorme fuente de luz suspendida del techo. Luz

radiante, que nunca viera antes de ahora, luz que ninguna lámpara de aceite o de cera podía dar. Tiras de metal le sujetaban a aquella tabla, rígido, inmóvil, sin capacidad para maniobrar o intentar desprenderse. No veía a persona alguna en torno suyo. Todo aquello parecía moverse por arte de algún sortilegio extraño, y el único sonido perceptible era aquel zumbido monocorde que llegaba a penetrar en su cerebro, anulando incluso sus propias ideas y reflexiones.

—¿Qué significa esto? —se preguntó Kobe—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido mientras dormía para que las cosas cambien de este modo? ¿Será ésta una nueva forma de tortura ideada por el emperador en las mazmorras de sus prisiones?

Pero no sentía dolor. Nada físico al menos. Sólo una indefinible molestia mental, algo que parecía socavar su mente con raras ideas ajenas a su entendimiento. Una especie de lengua extraña se abrió paso en su cerebro, tratando de que él la entendiese. Pero no eran sonidos, estaba seguro. Eran pensamientos, simples ideas transmitidas hasta él sólo Dios sabía cómo.

Cerró de nuevo los ojos para no ver aquellos guiños, de luces de colores, como ventanillas pequeñas abriéndose en la oscuridad del muro constantemente. Pero su sorpresa, apenas hubo hecho eso, creyó oír una voz en su mente, expresándose en el mismo idioma japonés que él hablaba:

—Bien venido, Kobe Sendai —dijo aquella voz que, sorprendentemente, no le llegaba a través de los oídos, sino de su propia mente, retumbando en su bóveda craneal las palabras como si fuesen elaboradas allí mismo—. Te hemos traído aquí desde lejanos lugares. No busques tu gente ni tu pueblo, porque no vas a encontrarlos aquí. Estás muy lejos de lo que te es familiar. Y debes hacerte a esa idea en lo sucesivo. No estás en tu lugar habitual, no estás entre tu gente, no conoces aquí nada de nada. Pero estás aquí ahora, no puedes regresar a tu mundo, y eso es preciso que lo aceptes y te adaptes a ello progresivamente.

—¡Nooo! —rugió rabiosamente el *samurai*, pero utilizando su propia voz, no la de su cerebro, y emitiendo así un grito ronco y rebelde, que retumbó con extraños, vacíos ecos en el lugar donde se hallaba—. ¡No quiero estar lejos de los míos! ¡Quiero a mi amada Suzuki! ¡Deseo estar en mis tierras, malditos! ¡Decidme qué lugar es éste, por qué estoy en él! ¡Confesad que sois miserables verdugos del emperador, dispuestos a someterme a tortura!

El silencio fue toda la respuesta que recibió. Luego, pausadamente, la misma voz, calmosa y fría, volvió a sonar en su mente, dándole una respuesta para él incoherente por completo:

—No hay aquí nadie del emperador a quien temes y odias, Kobe. Estás lejos de la influencia de tu emperador, y de su gente, lejos de todo lo que tú conoces y forma parte de tu vida. Trata de entender eso. Ni siquiera estás en el Mikado. Esto no es el Japón, Kobe. Estás en otra lejana tierra del mundo que nada tiene que ver con la tuya.

—Eso es mentira. Me estáis engañando. Nadie pudo hacer una cosa así con el *samurai* Kobe Sendai ni siquiera estando dormido. No sé con qué malditas artes endemoniadas pudisteis sorprenderme mientras dormía, pero sé que soy prisionero del emperador, sé que me habéis traído a la ciudad para hacerme confesar los nombres de mis amigos, los campesinos rebeldes a la tiranía. ¡Y eso jamás lo conseguiréis, hatajo de bastardos cobardes!

La voz mental suspiró fatigadamente. Expuso luego con calma:

—Está bien, Kobe. Creo que te entiendo. Tu mentalidad está hecha a una sola y fija idea. Vives en un mundo que crees que es el único, en un tiempo y un lugar que absorbe por completo tus ideas. Eres un fanático, un heroico luchador rebelde, pero con una mente arcaica y limitada. Creo que el trabajo del Mentalizador Central va a ser mucho más duro de cuanto imaginé. Pero tenemos tiempo por delante. Mucho tiempo, Kobe. De eso no necesitamos preocuparnos lo más mínimo. Trataré de hacer de ti una persona nueva, distinta, una mentalidad diferente… pero sin que pierdas las facultades y virtudes que han hecho de ti la persona idónea para nuestros planes. Sólo se trata ahora de volver a empezar, y programarte el tratamiento en otro nivel muy distinto.

El *samurai* se agitó en su tabla giratoria, sin resultados, bramando maldiciones coléricas contra sus captores, y jurando venganza fiera contra los que así le trataban.

Pero sólo el zumbido monótono de la enorme computadora en cuyo centro se hallaba, respondió a sus airadas palabras. En otra cámara inmediata, invisible para él, un hombre de cráneo rapado y único ojo visible, se inclinaba sobre un tablero de complejos mandos dosificados en cientos de teclas, fija la mirada de su solitaria pupila en una pantalla donde era visible la efigie del prisionero.

Los dedos enguantados de negro comenzaron a programar un nuevo método de adaptación psico-mental del japonés al nuevo mundo en que ahora se hallaba.

* * *

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Sólo sabía que los alimentos le eran suministrados por una extraña máquina de metal, él los ingería, y hacía sus evacuaciones fisiológicas en aquella especie de cámara que envolvía su cuerpo entre cintura y muslos, a través de unos conductos para él inexplicables, que procedían luego a una limpieza sistemática de su persona.

Inicialmente, todo eso le había parecido obra del diablo. Pero de eso hacía tiempo, aunque ignorase cuánto. Ahora comenzaba a entender algunas cosas, muy pocas. Su mente, cerrada en el estrecho límite de comprensión de un guerrero japonés medioeval, educado y criado conforme a unas normas políticas, sociales, humanas y religiosas profundamente radicales y monocordes, difícilmente podían asimilar muchas de las cosas que aquel sistema de contacto mental le proponía.

Había visualizado, sorprendido y atónito, una especie de desfiles de épocas y momentos de la Humanidad, japonesa o no, a través de un enorme monitor iluminado súbitamente él. El siglo XI y el emperador de la dinastía Heian habían quedado muy atrás en esas imágenes. Había asistido, estupefacto primero, sin entender nada después, y comprendiendo muy poco más tarde, a una sucesión de eventos enloquecedoramente rápidos, pese al ritmo intencionadamente lento con que le eran expuestos una y otra vez, en forma gráfica, mientras la voz en japonés medioeval le iba informando mentalmente, al tiempo que evolucionaba en sus giros y vocablos hacia otro idioma japonés distinto, más directo, menos recargado y ceremonioso que el de su tiempo, y que a él mismo le sonaba extraño.

Así, Kobe había sido testigo incrédulo de hechos que jamás imaginó que pudieran ocurrir en el mundo: el fin del feudalismo en Japón y en Europa, la aparición de nuevas formas de vida social y política, revoluciones, guerras, avances de la Ciencia y de la propia existencia humana, junto a cataclismos asombrosos, como la erupción de un volcán llamado Krakatoa, una Guerra Civil americana, una Guerra Mundial, otra Guerra Mundial aún peor, un cataclismo sobre su propia tierra, Japón, en forma de viento atómico devastador, aniquilando dos ciudades llamadas Hiroshima y Nagasaki.

Finalmente asistió a nuevas crisis, violencias, tensiones, terrorismos mundiales, agresiones, matanzas… y otra guerra, llamada la Tercera Conflagración Mundial, con un holocausto nuclear terrorífico, del que el mundo aún no se había recuperado en el año 2.090 de la llamada Era

Cristiana de los occidentales, nada en consonancia con los períodos de tiempo de su civilización nipona.

Le costó entender parte de todo aquel horror. Necesitó visionar una y cien veces las mismas imágenes para comprobar que todo aquello había sucedido… pero DESPUES de existir él mismo, cuando él tenía ya que estar muerto.

Y ahí su mente se perdía en un mar de confusiones y oscuridades. Y la computadora, de nuevo, tenía que iniciar su programación para adaptarse a la lenta, implacable, difícil asimilación de hechos futuros, por parte de un *samurai* del siglo XI, trasladado, aún no sabía cómo, diez siglos adelante en el Tiempo.

Porque de eso ya no había duda alguna. Sabía que él vivió, luchó contra su emperador y amó a una mujer hermosa llamada Suzuki, en el siglo XI. Ahora, él estaba a finales del siglo XXI, en otro lugar que no era el Japón, prisionero de unos hombres a quienes desconocía, y por motivos que le eran totalmente ignorados, pero que no podían ser buenos a juicio suyo.

Al fin, en una de las sesiones, tras visionar de nuevo aquella historia de la Humanidad condenada en horas de imágenes filmadas en un televisor, Kobe Sendai, el *samurai* del medioevo japonés, lanzó un hondo suspiro, cerró sus almendrados ojos un momento y declaró con voz pausada, lenta, en un japonés que ya no era el suyo de entonces, cuando era el guerrero que un día lluvioso, tras una encarnizada batalla, se quedó dormido bajo las toscas cañas de un cobertizo:

—Creo que lo entiendo… Sí, creo que lo entiendo… Estoy lejos, muy lejos de mi mundo, de mi tiempo. No sé cómo sucedió, pero estoy en otra época lejana, en un futuro en el que ya no existen los *samurais* y en el que los hombres están dominados por las máquinas…

Una luz roja parpadeó tres veces en la computadora gigante. En su cámara de controles, Shark respiró con fuerza, aliviado, y se apresuró a transmitir directamente a su amo y señor por el canal de máxima prioridad un breve mensaje:

«Primera etapa conseguida. El *samurai* ha empezado a comprender.»

CAPÍTULO III

—¿Qué idioma es éste?

—Inglés. Es el que se habla ahora.

—Tenía entendido que Inglaterra quedó arrasada por la guerra nuclear, en el año 1997…

—Así fue. Pero el inglés no se hablaba sólo allí, sino también en otros países, como los Estados Unidos. Ahora estás en ellos.

—¿En los Estados Unidos de América?

—Sí.

—Ellos ganaron la guerra. Pero medio país quedó destruido. Se contabilizaron cien millones de muertos sólo en él. Y más de mil quinientos millones en todo el mundo…

—Así es. No vino nada mal vaciar algo este viejo planeta. La gente comenzaba a sobrar —rio cínicamente Shark—. Sí, fue una dura, costosa victoria. No creo que queden ya más ganas de guerras en el mundo. Es otra época. Las cosas se hacen diferentes ahora.

—¿Mejor? —sugirió Kobe con sencillez, volviéndose a su interlocutor.

—Distintas —eludió Shark una respuesta concreta—. ¿Crees que has asimilado al fin todo lo que es preciso asimilar para no volverte loco cuando abandones este lugar?

—Imagino que sí. Conozco ya vuestras computadoras, vuestros vehículos, por tierra, mar o aire, las naves del espacio, que ya son sólo chatarra olvidada, porque no hay dinero ni medios para ponerlas de nuevo en funcionamiento. Creo que puedo enfrentarme a todo lo que forma vuestro mundo sin enloquecer de repente por la impresión. Pero sigo prefiriendo mi viejo mundo de aldeas y de caseríos, de emperadores tiránicos y de luchas cuerpo a cuerpo. Todo era más noble

y honesto entonces. Nadie dependía de una máquina.

—Sabes que, por el momento, no puedes volver.

—Lo sé. La Temponave sólo puede hacer un viaje al pasado o al futuro, una vez por año. Necesita repostar sus sistemas de propulsión.

—Así es. La energía escasea. El mundo necesita muchas cosas que agotó en la última, brutal y estúpida guerra. Nosotros, en nuestras montañas, tenemos por fortuna los más ricos yacimientos de *fotonita*, el elemento vital para accionar la Temponave. Pero precisa de un plazo para reactivarse y estar en condiciones de actuar. Ese período mínimo es de un año.

—Y yo debo permanecer un año entero aquí, entre vosotros, en un mundo que no es el mío —el *samurai* se detuvo en un rincón del jardín artificial, hecho de plástico y de metal, y cercado por los altos muros fingiendo bellísimos paisajes que ya no existían—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me elegisteis a mí? Teníais todo un mundo, toda una eternidad para escoger a otro…

—La computadora te seleccionó a ti, entre más de once mil candidatos perfectamente definidos. Lo siento, Kobe. Tienes que permanecer entre nosotros, te guste o no. Dentro de diez meses, puesto que llevas aquí dos de adaptación paulatina, podrás retornar a tu época si lo deseas. Nadie se opondrá a tu voluntad llegado el momento, te lo garantizo.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué se espera que debo hacer durante esos otros diez meses de vuestro calendario que estoy obligado a permanecer aquí?

—Eso yo no puedo decírtelo.

—¿Quién, entonces?

—Ten paciencia. Llegado el momento, sabrás quién.

—Prefiero saberlo ahora —insistió Kobe, fijando sus fríos ojos rasgados en Shark mientras su noble, atractivo rostro viril, de rasgos orientales, reflejaba una helada determinación.

—Está bien, te lo diré —resopló Shark de mala gana, sacudiendo su pelada cabeza—. Cuando hayas aprendido el inglés a la perfección y estés capacitado para salir de esta fortaleza en las Montañas del Apocalipsis, sabrás lo que espera de ti nuestro amo y señor, el grande y poderoso Kahngor.

—¿Amo y señor? —repitió con extrañeza el japonés—. Creí que esos términos eran ya de otros tiempos. De los míos, pongamos por caso. He aprendido, a través de tu monitor, que las democracias gobernaron el

mundo en una época no lejana… Una forma de gobierno basada en la voluntad del pueblo, sin amos ni señores…

—Eso fue así. Pero fracasó. El pueblo no sirve para gobernarse —rio cínicamente Shark, con un brillo irónico en su único ojo sano.

—¿Y Jefferson, Washington, Lincoln? ¿Y los pueblos libres del mundo?

—Todo se lo llevó la guerra. La última arrasó conceptos caducos. América hubiera perdido esa guerra, si no se produce el golpe de Estado que acabó con la Constitución y con la democracia americana. Un dictador se alzó con el poder y aplastó al enemigo con su victoria final. Ahora, ese dictador gobierna América toda. Y virtualmente todo el mundo. O lo que queda de él.

—¿Ese es tu «amo y señor», el poderoso Kahngor? —preguntó tristemente Kobe.

—No. Te equivocas. El dictador está ya caduco, en la decadencia. Hace falta un hombre nuevo, vital, poderoso. Ese es Kahngor. El catalizará un futuro distinto. Hereda un mundo sin riquezas, sin bosques, árboles y frutos, sin peces en el mar, sin flora ni fauna, con una Humanidad depauperada, enferma y desilusionada. Pero espera lograr lo más grande, lo mejor. En la fuerza, en el poder, está la clave de todo. Hace falta un hombre vigoroso, decidido, un cerebro lúcido, una voluntad de hierro para levantar el mundo de sus cenizas. Eso sólo lo puede conseguir un hombre: Kahngor.

—Y esperáis que yo sirva a ese nuevo dictador.

—Eso es, Kobe. No sólo lo esperamos. Sabemos que le servirás lealmente… porque a cambio de ello, en el viaje de la Temponave, cuando te reintegremos a tu mundo, una vez convertido Kahngor en el dictador de la Tierra, te ayudaremos a recuperar a tu amada Suzuki de las garras del general Matsu.

Los ojos de Kobe brillaron, esperanzados, fijándose en Shark.

—¿Eso haréis por mí? —preguntó.

—Es una promesa, Kobe. Favor por favor. Kahngor necesita al hombre más audaz del mundo, al mejor guerrero de la Historia. Y lo ha conseguido. A cambio de ello, tú recibirás tu mejor salario: la ayuda de Kahngor para rescatar a tu amada y vencer al general Matsu, reintegrándote a tu mundo cuando todo haya terminado aquí.

—Me gusta ese pacto —dijo el *samurai*—. No me gusta servir a tiranos, y me temo que tu amo y señor lo sea en tanto o mayor grado que mi maldito emperador. Pero sé que no tengo otro remedio, y la

compensación es justa. Contad con mi ayuda, siempre que lo que haya de hacerse no sea indigno ni criminal. Yo sólo sé luchar cara a cara, matar en noble lid, no asesinar ni traicionar a nadie, Shark.

—Lo sabemos. La computadora fue muy concreta en sus datos. Eres el hombre adecuado para la tarea, no te quepa duda. Pero antes, lamentándolo mucho, hemos de someterte a la última prueba.

—¿Ultima prueba? —las cejas del oriental se arquearon, sorprendida la expresión—. ¿De qué se trata?

—De lo que tú más amaste en el mundo desde que fuiste adolescente: luchar. Deberás luchar, sí. Pero tu enfrentamiento no será una pelea vulgar, contra enemigos como los que venciste en tu época.

—Eran los mejores guerreros —dijo Kobe con orgullo—. Y les derroté en buena lid.

—Lo sé. Pero estos guerreros tendrán sobre aquellos una tremenda ventaja que será tu peor obstáculo.

—¿De qué se trata?

—No serán hombres, sino máquinas. Robots preparados para luchar, para matar. No tendrán piedad. Si te vencen, te harán pedazos. Ninguno moveremos un dedo por evitarlo, porque si no eres capaz de vencer a nuestros guerreros mecánicos, no servirías para el alto designio que te reserva el gran Kahngor. De modo que tu alternativa será clara en ese duelo: matar o morir. Debes destruir a esos robots antes de que ellos te destruyan a ti. ¿Crees que serás capaz de tal cosa, Kobe Sendai?

—Puedo vencer a cualquier enemigo, de carne y hueso o de metal, que se ponga ante mí —declaró altanero Kobe—. Adelante, Shark. Deseo enfrentarme cuanto antes a tus máquinas de matar…

* * *

Contempló el circo donde tendría lugar el duelo mortal.

Como la arena de los antiguos romanos, era circular y rodeada de altos muros, lisos y desnudos, sin asidero adonde agarrarse. El suelo era de un polvillo plateado, partículas metálicas sin duda, frío y áspero.

Kobe Sendai, con su atavío de moderno *samurai* del siglo XXI, provisto de una liviana pero poderosa armadura flexible, de una materia sintética, dorada, mitad metal, mitad plástico, esperaba a pie firme con las únicas armas que había solicitado para aquel enfrentamiento vital: su espada curva de *samurai* y su *kanto*, una larga vara de bambú, fingida ahora en metal vibrátil, a falta del material

propio de tal arma de combate medioeval japonés, en una época en que no existían plantas vivas sobre el aniquilado suelo americano.

Por el lado opuesto del circo, salieron de inmediato sus enemigos mortíferos. Los contempló, entre perplejo y calculador.

Realmente, su apariencia era temible. Estaban todos ellos hechos de metal, brillaban acerados sus brazos, manos y cabezas moldeadas en esa dura materia, y se movían sobre piernas perfectamente imitadas artificialmente. En los rostros, sólo brillaban sus ojos, dos rendijas en el metal, con un resplandor azul verdoso, fijo en él.

Eras seis robots de tamaño natural, semejante a un ser humano. Sus armas consistían en unos tubos metálicos, sujetos por sus dedos de acero articulado, y por unas largas, anchas y afiladísimas hojas de metal parecidas a viejas guadañas, pero con el mango muy corto. Si aquellos filos le alcanzaban de lleno, sería hombre muerto. En cuanto a la naturaleza de los tubos, nada sabía, pero era fácil imaginar que se trataba también de un mecanismo de muerte, presto a actuar contra él.

—¿Preparado para el torneo, Kobe Sendai? —preguntó la voz de Shark a través de un invisible altavoz.

—Preparado —dijo sordamente el *samurai*, poniéndose en guardia frente a las seis extrañas criaturas mecánicas que iban a ser sus enemigos.

—Bien. Entonces, cuando se encienda la luz roja en el muro y suene la sirena, significará que el combate queda iniciado. Suerte, Kobe. Vas a necesitarla.

Se hizo el silencio. Kobe se movía lento, agazapado, como un felino al acecho, sus ojos convertidos en dos estrechas, franjas, fijas en sus antagonistas aún inmóviles.

De repente, una luz roja parpadeó intensamente sobre su cabeza. Un sonido sibilante, metálico, ululó en el cerrado circo.

Los robots entraron en acción.

Kobe Sendai, también.

* * *

Había comenzado un duelo de auténticos titanes, mecánicos unos, humano el otro. El enfrentamiento era desigual, muy favorable en fuerzas y poderío a los robots. Pero Kobe, cuando luchaba, no pensaba jamás en desigualdades. Luchaba para matar y no morir, para destruir y no ser destruido. Ahora, frente a aquellas seis máquinas programadas

precisamente para poner a prueba su capacidad guerrera, y para exterminarle si fracasaba en el empeño, Kobe era como una furia desatada, el *samurai* terrible, destructor y temerario que siempre fue.

Eludió con unos saltos agilísimos, que más parecían de simio que de humano, los filos centelleantes de las cuchillas curvas. Mientras su cuerpo ágil y enjuto volaba por los aires, virtualmente hasta sobrepasar las cabezas doradas de sus mecánicos adversarios, su fuerte brazo derecho accionó el sable en tajos rápidos, semicirculares, como remolinos de acero centelleante.

Logró su objetivo. Alcanzó una de las cabezas de metal, justo por su base. El acero crujió, haciendo saltar chispas al metal, unas articulaciones humearon, desgajándose… y la cabeza del robot golpeado saltó por los aires, rebotó sordamente en los muros del circo, y rodó luego sobre la metálica arena. El robot, como fulminado, cayó a pies de Kobe, que en ese preciso momento supo que, cuando menos, sus enemigos tenían un punto flaco donde herirles para acabar con ellos: la cabeza.

Ya eran cinco los enemigos de Kobe, y éste hubo de realizar un salto elástico y asombroso, como de un felino de potentes músculos, para evitar que dos de aquellas terroríficas guadañas le segaran en varios pedazos. Las oyó silbar tan cerca, que sus ropas chirriaron, al desgarrarse, y gotas de sangre cayeron a la arena artificial, de su piel arañada.

—Estás herido, *samurai* —retumbó una voz metálica dentro del siniestro circo—. Di si te rindes, y terminará la lucha. Los robots habrán vencido, y tú serás sacrificado piadosamente, al no sernos útil. Elige entre eso o morir despedazado por tus enemigos.

—¡Apenas fue un rasguño! —rugió Kobe, airado, eludiendo otro impacto de acero y tratando en vano de alcanzar la cabeza de uno de sus adversarios—. ¡Kobe Sendai no se rinde jamás! ¡Un *samurai* lucha hasta morir!

—Como quieras. Era tu última oportunidad de sufrir una muerte rápida y piadosa.

Kobe, llevado por la fría ira que producía en él haber sido conminado a la rendición, logró pasar bajo tres guadañas que le buscaban, alargó su brazo musculoso e hincó su acero en las rendijas de metal por las que brillaba el fuego verdoso de la luz de aquellos aparentes ojos de robot.

Un chisporroteo tremendo escapó por las rendijas del ser mecánico

apenas fue herido allí, hubo como una sorda explosión dentro del cuerpo de metal, y el segundo luchador no humano se desplomó en tierra, como un montón humeante de chatarra, reducido a la inmovilidad total y definitiva por el certero mandoble del *samurai*.

Cuatro eran los actuales adversarios de Kobe ahora. Todavía demasiados. Además, uno de ellos alzó en ese momento su mano provista de aquel misterioso tubo metálico, y apuntó con él hacia Kobe. Este, con una rapidez pasmosa de reflejos, saltó de costado, eludiendo la trayectoria de aquel tubo.

Fue muy oportuno, porque un segundo más tarde, o acaso menos, un rayo de luz azul, centelleante, rasgó el aire, cayendo en el punto donde él habla estado. Pero sólo encontró el vacío, y fue a estrellarse en el muro metálico que circundaba la alucinante arena de Kahngor.

El resultado fue terrible. Una llamarada desgarró el metálico muro, produciendo en él un boquete negruzco, humeante, de metal derretido. De haberle alcanzado a él, hubiera significado sin duda la muerte inmediata bajo aquel fuego destructor.

Kobe, fulminante, manipuló su largo y flexible *kanto*, lanzando un golpe seco contra los metálicos dedos del enemigo armado, antes de que éste pudiera disparar de nuevo el temible rayo.

El impacto fue tan seco y brusco, que el robot perdió su arma. El cilindro metálico voló por los aires. Simultáneamente, al ver próximo a otro robot que pretendía alcanzarle con su acerada y curva arma, se revolvió, ensartándole un sablazo contra el cuello.

Alcanzó las articulaciones de metal con precisión mortífera. El robot destelló entre chisporroteos, y su cabeza colgó de un lado, pendiente de una serie de cables, mientras su interior despedía humo y un fuerte olor a quemado. Cayó lentamente, dejando la masa adversaria reducida ya solamente a tres. Pero ahora, súbitamente, dos de esos tres enemigos movían ya sus tubos de metal hacia él. Ya que no podían vencerle con sus aceros, iban a hacerlo entrecruzando aquellos rayos mortíferos, en cuya red destructora terminaría por ser aprehendido sin remedio.

La furia innata del guerrero suicida japonés emergió en ese momento crucial, con toda su vigorosa intensidad. Kobe se rebeló contra su propio destino adverso, como tantas veces hiciera en aquellos tiempos, ahora para él tan lejanos, de su vida en la época en que le tocó vivir.

Y rápido, con movimientos vertiginosos, se agachó, empuñando el tubo metálico que lograse arrebatar al tercer enemigo, al tiempo que su

kanto batía furioso, obligando a los demás a retroceder, en busca del momento propicio para atacarle.

Kobe soltó su sable un momento y aferró el tubo, dirigiéndolo hacia los robots. Apretó el resorte de disparo e hizo un movimiento en abanico al arma, dirigida a los dos autómatas armados de idénticos tubos.

Brotaron dos chorros de luz candente. Notó vibrar el tubo entre sus dedos, pero lo mantuvo firme. El rayo azul alcanzó a los dos robots.

Fue como fundir manteca. Los cuerpos de metal comenzaron a humear, a derretirse, goteantes, mientras su dorada envoltura se ennegrecía, y estallaban sus circuitos dentro del cuerpo. Retorcidos y humeantes, entre chisporroteos violentos, rodaron por la metálica arena. Sólo quedó en pie el robot armado con la guadaña, que manejaba ésta con rapidez, intentando dar caza a la desesperada a su temible rival humano.

—¡No quiero ventajas! —rugió Kobe, arrojando lejos de sí el tubo metálico con el que exterminara a los otros dos autómatas—. ¡Contigo lucharé en igualdad de condiciones, maldita máquina!

Y se precipitó, eludiendo una y otra vez con increíbles fintas de cuerpo los sesgados golpes del afilado acero curvo que buscaba su carne para segarla mortalmente. El robot retrocedió, acosado por el *samurai* que, finalmente, emitiendo un alarido largo y violento, capaz incluso de sobrecoger las fibras metálicas de una máquina, sorprendió al robot, y el acero de la curva espada del guerrero nipón penetró hasta la empuñadura en las ranuras de sus ojos azul-verdosos. Con un chirrido de metal dañado, el ser mecánico osciló, despidiendo chispas y humo, se agitó en una especie de bailoteo torpe, soltó su arma afilada y acabó desplomándose de bruces a pies de Kobe.

Este, arrogante, fiero, indómito como todos los de su estirpe guerrera, apoyó un pie en el metálico cuerpo abatido, y volvió a emitir su grito bélico, rebotando en el o como voz de victoria.

—¡He vencido, Kahngor! —clamó—: ¡He vencido a tus malditos robots! ¡Di ahora lo que esperas de mí!

La respuesta no se hizo esperar. La voz de Shark sonó, multiplicada por los invisibles amplificadores de sonido:

—Te felicito, Kobe. Has demostrado ser el mejor guerrero conocido, un *samurai* digno de tu condición. Sólo un luchador privilegiado hubiese podido abatir a esos robots creados para matar. Desde ahora, serás nombrado Jefe Guerrero de Kahngor, y como tal tendrás poder sobre la

vida y la muerte, siempre obedeciendo al ser supremo que es Kahngor, por encima de todas las cosas. El mundo de nuestro tiempo necesitaba un hombre como tú. Y lo hemos encontrado. El viaje al Pasado valió la pena. El mundo aún puede salvarse, gracias a un hombre como tú.

Se abrió una puerta, hasta entonces invisible, en el circo de metálicas arenas. Kobe apretó con su mano fuerte el puño de su espada, mirando desconfiado en esa dirección.

—¿Debo seguir ese camino? —preguntó.

—Sí. La prueba ha terminado. Estaba seguro de que la pasarías, por fuerte que fuese. Pero aun así, el espectáculo de verte luchar ha superado todo lo imaginable. Avanza sin miedo. Vas a conocer al gran Kahngor en persona. Eso significa que él confía en ti. Y que serás su hombre de confianza para el futuro. Un privilegio que nadie hasta ahora alcanzado, excepto yo mismo.

Kobe Sendai avanzó decidido por un corredor largo y oscuro, a cuyo fondo brillaban unas luces difusas. Atrás, dejaba la huella de su gran victoria sobre los robots. Seis cuerpos metálicos, humeantes e informes, constituían un montón de chatarra que, sin embargo, habían significado una muerte cierta durante largo rato, al enfrentarse al hombre llegado del pasado.

Momentos más tarde, Kobe estaba, entre sorprendido y receloso, ante el fantástico personaje llamado Kahngor, en su majestuoso salón de trono.

CAPÍTULO IV

El gigante de ojos escarlata y piel lívida, contempló a su visitante, inclinado respetuosamente ante él, como era de prever en una mente oriental, habituada a respetar a quienes consideraba superiores.

Los pebeteros despedían oleadas de vapor aromático, con brillo de brasas verdosas, la guardia se mantenía firme en sus sitios, y la majestuosa, enorme figura titánica de Kahngor, con sus ropajes amplios, su capa desparramada sobre el estrado del trono, parecía más colosal que nunca allá arriba, mientras la gema de su negro casco brillaba con destellos irisados a cada movimiento de su cabeza.

—Sé bien venido a mi mundo, Kobe Sendai —dijo lentamente la voz potente, sonora y profunda del gigante—. Has pasado la gran prueba guerrera, lo mismo que pasaste las pruebas de adaptación de tu persona al mundo en que ahora te toca vivir. Eres, por tanto, un guerrero implacable y poderoso, con una mente renovada, con un criterio distinto y con unos conocimientos que jamás imaginaste que poseerías cuando te hallabas en tu propia época.

—Aun así, señor, deseo regresar a ella. Una mujer a quien amo espera ser rescatada de las garras de un canalla, y no debo permitir que ella corra peligro ni sea su esclava o su concubina de por vida.

—Conozco tu problema, Kobe. Y volverás a tu tiempo con la seguridad de poder salvar a tu amada, una vez terminada tu misión aquí. Entonces, comprobarás que un hombre como tú, en tu época, con los conocimientos adquiridos en ésta, podrá llegar a lo más alto, incluso a ser emperador.

—Yo no deseo ser emperador, sino simplemente un hombre feliz, al lado de Suzuki Kyo, la mujer a quien amo.

—Bien, pues serás ese hombre feliz, pero culto y civilizado, con conocimientos que nadie en el Japón del siglo XI poseerá ni

remotamente.

—¿Qué se espera que debo hacer para alcanzar el derecho a retornar a mi mundo, señor?

—Servirme durante los meses que restan, hasta el año de plazo obligado para el viaje de regreso de la Temponave. Y servirme con lealtad.

—Yo sé servir lealmente, señor, pero sólo a quienes me prueban que su causa es justa, y digna por ello de ser defendida.

—Por supuesto que te lo probaré —sonrió vagamente el misterioso y colosal señor de aquel mundo extraño y caótico en que Kobe se encontraba ahora—. Mi causa es la más justa de todas, aunque se asiente sobre una necesaria y obligada dictadura. Se trata de salvar al mundo, de que sobreviva la especie humana que, tan escasamente, ha superado el horror de la contienda atómica. En esta época de confusión que siguió al cataclismo nuclear, es precisa una mano firme que maneje los destinos humanos y los conduzca a buen fin. Pero desgraciadamente, no todos en América, en estos momentos, aceptan mi autoridad.

—¿Debo entender que existen problemas en vuestros dominios, señor?

—Algo más que problemas. Existe el fermento de la rebelión, la idea de acabar con el nuevo mundo y el nuevo orden que estamos intentando crear y sostener, para impedir el retorno a la barbarie. Un grupo de disidentes, forman una especie de cruzada contra la única forma viable de supervivencia que existe: desean el regreso a las cavernas, a la barbarie. Forman hordas fuera de la ley, bandas de ladrones, asesinos y salteadores, unidos por un afán común: impedir el orden y el progreso, la reconstrucción de América en primer lugar, y del planeta Tierra después.

—¿Quiénes son ellos?

—Forman un pueblo bárbaro y brutal, oculto en las montañas, en las que un día fueron las Rocosas. Allí, mis hombres mejor armados y mis naves más sofisticadas, nada pueden contra esos, auténticos guerrilleros de la barbarie. Capitaneados por un hombre brutal llamado Saxon, no aceptan otra ley que la suya y la de la jungla. Su vida consiste en destruir a los demás y expoliar a cuanta gente hallen en su camino.

—¿Y qué esperas de mí?

—Que les combatas y venzas en toda regla, Kobe Sendai. Para eso te trajimos de tu tiempo. Sólo tú puedes vencerles.

—¿Yo? Pero imagino que necesitaré hombres… ¿Cuántos son ellos?

—Muchos, demasiados para el bien de este mundo que tratamos de salvar. Al menos dos mil.

—Dos mil. Eso es demasiado, incluso para un *samurai* —sonrió Kobe sarcástico.

—No, no lo es tanto como parece. No te pido que te enfrentes y venzas a dos mil seres humanos, porque eso es imposible. Sólo quiero que llegues hasta ellos y logres retar a duelo a su jefe, Dick Saxon. Si lo consigues y le vences, habremos vencido también en esta absurda guerra. Esa gente, sin su líder, no es nada. La respetan y adoran como a un ídolo, a un caudillo invulnerable. Se dice que Dick Saxon es invencible, y que sólo un ser superior, no humano, sería capaz de vencerle. A ese ser imaginario, ellos le rendirían la misma o mayor pleitesía que a Saxon ahora, ¿vas comprendiendo?

—Imagino que sí, señor. Se trata de llegar ante ese hombre, Saxon, retarle y vencerle.

—Eso es. El no podrá rehuir el duelo, porque en su código del honor entra obligatoriamente la necesidad de aceptar el reto de cualquier adversario. Y según sus leyes, quien vence en un duelo, es quien obtiene todos los derechos.

—Parece que no será difícil la empresa, siempre que sea capaz de llegar con vida hasta el propio Saxon.

—Eso parece. Pero no te fíes demasiado de las apariencias, Kobe. Has luchado contra muchos *samurais* y los has vencido. El mismo día en que Shark te arrancó de tu mundo, habías exterminado tú solo a trece soldados imperiales. Acabas de derrotar en duelo magistral, a seis de mis mejores robots guerreros. Pero todo eso, puede ser insuficiente cuando te enfrentes con Dick Saxon.

—¿Por qué? —se extrañó Kobe, contemplando con un destello de sorpresa en sus rasgados ojos al hombre fantástico acomodado en aquel trono.

—Porque Dick Saxon es el mejor —habló lentamente el Señor de Señores.

—¿El mejor? ¿En qué?

—En todo. Es un luchador nato. Puede despedazar a un oso y vencer a una serpiente pitón, ser más rápido que una cascabel o una cobra, y abatir con su lanza a un ave en rápido vuelo. Puede ser más rápido que una corza y más fuerte que un búfalo. Sus facultades físicas son portentosas, y posee un cerebro vivaz y astuto como pocos. Sólo así pudo llegar a convertirse en un peligro para nuestra civilización y

progreso. En otro caso, nunca hubiéramos necesitado de un guerrero excepcional como tú.

—No temo a ese Saxon por diestro y fuerte que sea. Poseo conocimientos de lucha oriental que él no puede conocer.

—Te equivocas. Saxon es un maestro del Kung-Fu, domina las Artes Marciales como pocos, y sus dedos son como garras de acero, capaces de desgarrar la carne y perforar a un hombre.

—Parece que, realmente, voy a encontrarme con la horma de mi zapato —manifestó Kobe, empezando a mostrar cierto respeto en el tono de su voz.

—Así es. El mayor error que podrías cometer es ir confiado a ese encuentro en las Rocosas. Saxon no se confía nunca. ¿Crees tener alguna oportunidad de vencerle, llegado el caso?

—Sí, señor.

—Muy bien. Partirás hacia allá. Procurarás encontrar a los rebeldes, pero evita que te maten. Si estableces contacto con ellos, reta de inmediato a Saxon. Será tu única oportunidad de sobrevivir y cumplir tu tarea. En cuanto le hayas vencido, si ello es así, podrás dictar tu propia ley. Y la primera será la siguiente: rendir sus armas y entregarse a nosotros. Serán tratados como prisioneros de guerra, respetados y aceptados en nuestra sociedad, olvidando sus pasados errores.

—¿Incluso Saxon puede gozar de esos privilegios?

—Saxon debe morir. Vuestro duelo no puede tener otro final que la muerte suya o la tuya, Kobe. El mismo no aceptaría otras condiciones.

—Comprendo. ¿Puedo, entonces, si llego a ser triunfador, prometerles tu perdón y tu clemencia?

—Puedes hacerlo con plena libertad. Cumpliré mi palabra. Ahora ve con Shark a aprender unas cuantas cosas más, como conducir una nave, manejar ciertos instrumentos y todo eso. Deberás hacer solo el viaje a las Rocosas. Nadie puede ir contigo en ese viaje, o todo se echaría a rodar. Buena suerte, Kobe. Te despediré antes de partir. Hasta entonces, procura asimilar todo cuanto te enseñe Shark. Vas a necesitarlo, si deseas llevar a buen fin tu empresa, y poder así regresar a tu época para rescatar a tu amada Suzuki.

—Sí, señor —afirmó el japonés, inclinándose ceremonioso ante el hombre que regía ahora los destinos de una América asolada por el holocausto nuclear de fines del siglo XX—. Se hará como decís.

Kobe abandonó la estancia. Kahngor se quedó inmóvil, pensativo en su trono, hasta que por una cortina lateral, apareció su fiel Shark. El

hombre del parche metálico sobre un ojo, puso su rodilla en tierra ante su amo y señor.

—¿Me hiciste llamar, oh Señor de Señores? —preguntó con su habitual servilismo.

—Así es, Shark, mi fiel servidor —afirmó el gigante de pupilas rojas, moviendo la cabeza con lentitud.

—¿Conoce ya Kobe Sendai su misión real?

—La conoce, sí.

—¿Cree que puede llevarla a cabo?

—Sí, lo cree. Pero está advertido de los riesgos que le esperan.

—¿Le habéis contado toda la verdad?

—¿Toda? Oh, no —rio la voz hueca del gigantesco amo de América —. Ni soñarlo, Shark. El cree que, si vence a Saxon, podrá prometer a todos los rebeldes nuestro perdón. De buena fe, imagina que ellos son una horda cruel y sanguinaria que hace peligrar el futuro de este país. No tiene por qué conocer la verdad hasta que ya no tenga remedio. Tampoco debe saber que él, gane o pierda ese duelo frente a Saxon, jamás regresará a su época. Y que será sacrificado con todos los demás rebeldes, una vez de regreso con la cabeza de Saxon. Un hombre de sus facultades sería siempre un peligro para nosotros, Shark.

—Muy cierto, mi señor. Las cámaras de exterminio estarán a punto para cuando lleguen los rebeldes, convencidos de su perdón y de su integración a nuestras normas de vida. Ni ellos ni el propio Kobe sospecharán nada jamás. Pero si Saxon vence en ese duelo… ¿qué ocurrirá?

—Nada —suspiró Kahngor—. Sólo que tendrás que hacer otro viaje y buscar un nuevo enemigo capaz de enfrentarse a él…

* * *

Kobe Sendai miró a sus pies, a la enorme extensión que se perdía sobre el suelo americano, dividiéndolo en dos con un macizo montañoso de grandes proporciones. Eran las Montañas Rocosas, a ambos lados de las cuales, grandes yermos y zonas desérticas habían sustituido a las poblaciones y lugares habitados que él viera en anteriores imágenes, pertenecientes al siglo XX, antes del cataclismo nuclear. Ahora, nada era visible allí que significa vida humana o animal. América era un vasto páramo salpicado sólo por unas pocas ciudades surgidas de sus cenizas y de su flora extinguida, pequeños núcleos urbanos donde proliferaban

el plástico y el metal, y cuyo gobierno era dictatorialmente presidido por Kahngor. De aquellos Estados Unidos de América, cuna de una democracia y de una forma de vivir, no quedaba ya nada.

Manipuló la nave monoplaza sobre las cumbres rocosas, sobrevolándolas mansamente. El cielo, eternamente nublado sobre su cabeza, era gris y sombrío. Recordó con añoranza los almendros en flor de su Japón natal, ahora que le era imposible descubrir otra cosa que tierra, piedras y ásperos hierbajos parduzcos, sin rastro alguno de árbol o vegetación que significase vida, oxígeno, equilibrio ecológico.

Había aprendido bien a conducir aquellas rápidas naves tan distintas a las viejas carretas y los caballos que él conociera en sus tiempos, allá en el Japón medioeval. Sentirse en el aire era una sensación nueva y apasionante para él, pero no se sentía particularmente fascinado por la técnica moderna. Encontraba odiosa y triste aquella nueva época en que le tocaba vivir. Y tampoco podía dejar de pensar en Suzuki, de quien tantos cientos de años le separaban ahora.

—Pensar que en estos momentos, Suzuki y yo llevaremos más de diez siglos sepultados en nuestras tumbas —reflexionó en voz alta, mientras descendía sobre las montañas, en un punto que le había señalado minuciosamente Shark en los mapas, y cuya situación marcaba ahora con exactitud un mecanismo electrónico a bordo—. Todo cuanto he conocido, cuanto forma parte de mi existencia real, hace diez siglos que desapareció de la faz del mundo…

Era una idea que le aterró, pero pronto la apartó de su mente, para ocuparse por completo de tomar tierra en las abruptas montañas. Un punto de luz roja, sobre la pantalla de la computadora, le señaló el lugar exacto en que debía posarse, conforme a los planes previstos.

Así lo hizo. Luego, se enfundó su espada de *samurai* en la cintura, ataviado como iba a la usanza japonesa, tal y como saliera de su propio mundo durante el sueño, y echó a andar por las rocas, escudriñando en torno atentamente con su aguda mirada oblicua, siempre expectante.

Durante más de dos horas caminó de modo incesante, sin descubrir vestigio alguno de vida humana o animal en la región. El suelo era áspero, pedregoso, y si alguna vez hubo en él vegetación, flores y hierbas, tanto en las sendas como en los profundos barrancos, ahora no quedaba nada de eso, salvo tallos ennegrecidos y vestigios tristes de lo que un día fuera la flora mundial, exterminada por la barbarie atómica de un puñado de locos.

—Nosotros empezamos siendo los conejillos de indias un día —

musitó tristemente—. Y más tarde, el horror atómico se extendió por todas partes, como justo castigo contra quienes lo desataron sobre mi pobre pueblo…

La idea no le hizo demasiado feliz. Flaco consuelo era ése, pensó con amargura, sin dejar de caminar, imperturbable, a través de los páramos rocosos de las montañas.

Se detuvo en un punto para descansar. Sentóse sobre unas piedras, oró a su dios Buda, con la espada situada ante sus rodillas sobre la árida tierra, y apoyó su frente en el suelo. Luego, se incorporó y tomó algún alimento concentrado, de la pequeña bolsa que le facilitara Shark para el viaje. Ingirió también una tableta hidratante y prosiguió su camino. Durante tres horas más caminó sin descanso, erguido e imperturbable, con oriental entereza y ausencia de emociones.

De súbito, redujo el ritmo de su marcha. Su instinto le avisó. Estaba siendo vigilado. Lo intuía con la misma facilidad con que lo hacían los animales. Le observaban. No miró en derredor, pero sus ojos buscaban, astutos, cualquier señal de vida en torno suyo.

Captó un leve roce tras unas rocas. Luego, unos matojos oscuros y resecos se agitaron levemente por algo que no era el aire. Los nervios, tendones y músculos de Kobe Sendai se pusieron tensos, alertas. Pero siguió caminando.

De repente, al pasar bajo unas rocas, alguien cayó sobre él. No uno, sino tres o cuatro cuerpos, brotaron de la altura, para desplomarse encima suyo por sorpresa.

Pero no sorprendieron lo más mínimo a Kobe. Una décima de segundo antes de saltar, ya les había presentido. Rápido emitió su grito ronco de combate, saltó atrás y empuñó su espada.

Los asaltantes fracasaron en su intento. Dos cayeron a sus pies y un tercero aterrizó sobre sus hombros. Kobe dio un giro brusco a su cuerpo, y el asaltante salió despedido como un proyectil, yendo a estrellarse en las rocas. Cayó inconsciente al recibir el impacto en la cabeza.

Los otros dos saltaron elásticos para enfrentarse a él. Kobe observó que esgrimían toscas armas hechas de metales sin empuñadura, como si hubieran recurrido a restos de alguna cosa, afilando luego sus bordes a guisa de arma blanca.

Vestían simplemente pieles, eran barbudos y musculosos, bronceados por la intemperie, y con todo el aspecto de bárbaros violentos, según le indicase Kahngor antes de abandonar la nueva

capital de aquella América insólita y trágica.

Emitiendo gruñidos coléricos, saltaron sobre él como fieras rabiosas. Kobe hubiera podido decapitarles sin dificultades, pero no lo intentó siquiera. Se limitó a ponerse en guardia y cruzar su acero en el de ellos. De un rápido molinete, desarmó a los dos salvajes, que quedaron así inermes ante él. Les contempló fríamente, destellando amenazadores sus ojos rasgados, imperturbable el rostro ascético de oriental.

Los dos enemigos no se amedrentaron al verse inermes. Rápidamente, se agacharon recogiendo gruesas piedras del suelo, que arrojaron rabiosamente a Kobe. De haberle alcanzado un punto vital, hubieran podido matarle.

Pero el *samurai*, con pasmosa celeridad, adelantó su brazo zurdo, interponiéndolo ante sí, y devolviendo, a puñetazos, casi inverosímilmente, aquellos tremendos bloques de piedra. Estos golpearon sus nudillos y, como si hubieran chocado con acero, rebotaron, yendo a caer contra los dos barbudos. Estos chillaron, ahora realmente aterrorizados, echaron a correr.

Kobe rio al ver que se alejaban presa del pánico. Una voz fría y dura, a sus espaldas, le conminó a volverse con centelleante rapidez:

—¿Quién eres tú que así desarmó a mi gente, no quiso matarla, y luego supo devolver con una sola mano las piedras que le arrojaban?

Kobe Sendai se volvió lentamente. Se quedó mirando al hombre que emergía tras las rocas, esgrimiendo en una mano otro trozo de acero afilado toscamente, y en la otra una especie de afilado tenedor hecho de piedra afilada, cuyas púas eran capaces, a no dudar, de atravesar sin problemas al hombre o animal más corpulento, con un solo impulso de la mano que lo esgrimía.

Supo de inmediato que estaba ante el hombre a quien había venido a buscar. Con altivo tono, respondió el joven oriental:

—Soy Kobe Sendai, guerrero japonés. ¿Y tú?

—Soy Dick Saxon —respondió el otro—. Y tengo que matarte.

CAPÍTULO V

Los dos hombres se midieron con mirada hostil y fría, herméticos los rostros, tensos los potentes músculos.

Junto a la estatura de Kobe, no excesivamente baja para su época medieoval, pero sí inferior a la de Saxon, éste parecía un gigante, aunque distase mucho de ser como Kahngor. Debía medir casi dos metros, era poderoso, atlético, de fiero aspecto, músculos pétreos y torso de Hércules. Llevaba una larga cabellera, tan rubia y rizada como su frondosa barba, tenía ojos azules y penetrantes, y de su cuello colgaba una cadena gruesa de metal oscuro, tal vez hierro, de la que pendía un disco esmaltado, representando unas barras blancas y rojas y un rectángulo azul tachonado de estrellas. Kobe recordó las enseñanzas impartidas por el Mentalizador de Shark: era la bandera americana de otros tiempos, el emblema de los Estados Unidos que fundara un tal George Washington, primer presidente de aquella nación.

Kobe se llevó una sorpresa. Saxon era joven, muy joven. Calculó que no tendría más allá de veinte o veintidós años. No había esperado que tuviera esa edad tan temprana su mortal enemigo a vencer.

—¿Por qué quieres matarme? —preguntó Kobe Sendai con calma, sin desviar sus ojos taladrantes del rostro del gigante rubio.

—Porque eres un extraño. Viniste con una nave del tirano. Y quien viaja con una nave de Kahngor y pisa esta tierra sin mi permiso, es un enemigo de mi pueblo.

—¿Cuál es tu pueblo?

—El de los washingtonianos.

—¿Washingtonianos? —repitió Kobe con perplejidad—. ¿Qué significa eso? La ciudad de Washington dejó de existir hace casi un siglo…

—Tú no lo entenderías. Eres oriental. No sé de dónde has salido con

esas ropas que ya no existen en el mundo, pero eres de otra raza, quizás un japonés, y no puedes entender esto.

—Sí, soy japonés. Un *samurai*.

—Tú deliras. Los *samurais* dejaron de existir hace siglos. Creo que los últimos debieron ser los Kamikazes de la Segunda Guerra Mundial —sonrió Saxon—. ¿Quién te envía aquí? ¿Kahngor?

—Así es. Traigo de su parte un mensaje de paz.

—¿Paz? —Saxon soltó una carcajada—, Kahngor no sabe nada de eso. Es un ave de rapiña, un malvado. El sólo entiende de guerra, destrucción, tiranía y muerte. No voy a escucharte, *samurai*. Debo matarte.

—¿Cómo piensas hacerlo? ¿Enviando contra mí a cien, a doscientos de tus hombres? No creo que diez ni veinte de ellos sean suficientes para mí, a juzgar por lo que he visto.

—No hará falta tanta gente para acabar contigo, orgulloso amarillo —se irritó el joven rubio—. Me bastaré yo para eso.

Kobe nada dijo. Pero había ido viendo asomar cabezas y cabezas tras las rocas. Había hombres barbudos por doquier. A medida que hablaba Saxon, se envalentonaban y asomaban tras sus parapetos naturales, formando cerco en torno a ambos hombres.

—No creo que seas capaz —desafió Kobe con tono áspero, despectivo—. Pero supongamos que me entregase a vosotros. ¿Qué haríais conmigo?

—Matarte. No aceptamos prisioneros. Devolveríamos tu cadáver a Kahngor.

—¿Y si luchamos?

—Te mataré. Pero morirás en noble lucha, dignamente. ¿Qué eliges, *samurai*?

—Supongamos que la lucha —sonrió Kobe, tranquilo. Luego alzó una mano—. Y sigamos suponiendo cosas. ¿Y si no vences tú?

—No puede haber otro que venza. Ningún *samurai* puede hacerlo.

—¿Y si yo fuese ese hombre? ¿Qué sucedería si te venzo y te doy muerte?

—Que Kahngor vencería en esta guerra. Está escrito que sólo si sobrevivo, él será vencido. Si debo morir, el destino habrá dicho la última palabra. Serás libre. Mi gente no te tocará.

—¿Quién me garantiza eso?

—Mi palabra —dijo el rubio barbudo solemnemente—. La palabra de Dick Saxon es inquebrantable, ellos lo saben.

—Ya que tan seguro estás de tu victoria, ¿por qué no aceptas un reto?

—¿Qué clase de reto? —los ojos azules de Saxon le miraron, desconfiados.

—Si me vences, soy hombre muerto, de acuerdo. Si venzo yo… tu gente deberá entregarse. Kahngor prometió respetar sus vidas, perdonarles e integrarles en la sociedad, olvidando sus crímenes y rebeldías.

—¡Kahngor te mintió vilmente! —rugió Saxon con ojos fulgurantes de ira—. ¡Nosotros nunca matamos criminalmente ni somos rebeldes más que contra la tiranía de un dictador asesino y sin conciencia! ¡Queremos una futura América libre de nuevo, que vuelva a sus raíces de siempre, para comenzar en el mundo a vivir en paz y unidos! Además, Kahngor jamás cumpliría esa palabra. Haría asesinar a todos, apenas llegaran a su siniestra ciudad de metal.

—Pero si estás tan seguro de vencer, ¿qué puede importarte eso? —sonrió Kobe—. Veo por tus palabras que dudas de tu victoria sobre mí, Saxon…

—¡Está bien! —replicó Saxon, airado—. No me gusta condenar a mi pueblo a una suerte tan penosa, pero si yo soy vencido y muerto, sé que ellos serían incapaces de seguir luchando. Confiemos en que, por una vez, al faltar yo, Kahngor sería magnánimo con los vencidos. Si me ganas en la lucha, *samurai*, no sólo serás libre, sino que mi pueblo te seguirá dócilmente adonde tú digas. ¡Palabra de Dick Saxon!

—Muy bien —suspiró Kobe Sendai—. Yo, a mi vez, te doy mi palabra de que, si así fuera, respondería con mi propia vida de la de tus hombres, y Kahngor tendría que cumplir su palabra de perdón… o enfrentarse a mí.

—Me asombras, *samurai* —confesó Saxon, mirándole con perplejidad—. O eres realmente inocente de muchas cosas… o mientes con la misma vil falacia que tu amo y señor. ¡En guardia! ¡La lucha comenzará, y sólo puede terminar con la muerte de uno de los dos, Kobe Sendai!

De ese modo, cuando Dick Saxon se adelantó hacia él, tensos e hinchados sus poderosos músculos, enarbolando ambas armas, el terrible duelo a muerte entre ambos hombres comenzó.

* * *

El duelo comenzó con caracteres titánicos.

Mudos, silenciosos, sobrecogidos por aquel enfrentamiento, los hombres de Saxon se limitaban a permanecer quietos entre las rocas, la mirada fija en uno o en otro de los combatientes, el ánimo en vilo, a la espera de la deseada victoria de su líder.

Kobe empezó a comprender muy pronto por qué había sido tan minuciosamente escogido, a través del Tiempo y del Espacio, para ser trasladado desde su remoto Japón medioeval hasta el terrorífico y dantescos siglo XXI del planeta Tierra, en una América desolada y angustiosa. Dick Saxon era un coloso, un superhombre.

Varias veces intentaron ambos llegar al contrario con sus armas, sin conseguir nada en absoluto. Kobe sólo llevaba su espada, mientras que el gigante rubio esgrimía una en cada mano: su hierro afilado en una, su tridente de piedra en la otra. Y con ambas armas buscaba tenazmente el cuerpo de su contrario, que se escabullía con la agilidad del felino una y otra vez, aunque sin poder colocar tampoco su arma en el adversario.

Inesperadamente, en uno de esos amagos, Saxon disparó con sequedad su pierna derecha. Alcanzó a Kobe con la punta del pie en el hígado, y el *samurai* se dobló, sin aliento, cayendo de rodillas, presa de su terrible, agudo dolor. Con un bramido de júbilo, mientras los demás gritaban y palmoteaban felices, Saxon se precipitó sobre él para rematarle con su tenedor de piedra.

Kobe desplazóse rápido, entre una polvareda, evitando el triple punzón que buscaba su cuello, a fuerza de dominar de forma sobrehumana el dolor. Ahora fue Saxon el que, al encontrar el vacío, perdió el equilibrio y cayó de rodillas, clavando su tridente en el suelo.

Kobe se lanzó sobre él, vertiginoso, proyectando sus dos piernas en rápida sucesión de golpes contra el costado y abdomen del otro, hasta lograr arrancarle un quejido de dolor, si bien se revolvió iracundo y casi le cortó una pierna con su metal afilado.

Kobe se echó atrás, fulgurante, pero no lo bastante como para impedir que su pantalón amplio y flotante se rasgara con violencia, y el metal hiriese su pierna. La sangre brotó con fuerza, enrojeciéndolo todo, y la gente chilló, entusiasmada.

Saxon sonrió, feroz, al ver alcanzado a su enemigo. Kobe Sendai reaccionó con la vertiginosa rapidez de su casta de indómito guerrero, al sentir el dolor y ver correr la sangre de su pierna herida. Raudo, hizo un giro inverosímil, y su espada silbó en el aire, alcanzando el brazo todavía extendido de Saxon.

El acero chascó al cortar carne fibrosa y fuerte. Saxon aulló de rabia

y dolor, al sentir el tajo en su bíceps derecho, que de inmediato hizo fluir la sangre a lo largo de su brazo.

—Golpe por golpe, Saxon —sonrió duramente Kobe.

El rubio luchador le miró con ojos entornados, nuevamente en guardia, pareciendo importarle tan poco la sangre y el dolor de su brazo como a Kobe los de su pierna. Los dos, agazapados, se estudiaban astuta, desconfiadamente.

Saxon había empezado a comprender que no se las había con un enemigo vulgar, sino con alguien digno de él. Y había preocupación asomando a su mirada.

—Veo que ese cerdo de Kahngor eligió bien a su hombre —silabeó, sin dejar de desplazarse, agazapado, en círculo, lo mismo que Kobe, el uno frente al otro.

—Y yo veo que no exageró al ponderar las facultades de Dick Saxon —respondió calmoso el japonés.

—Eres extraño, *samurai*. Vistes ropas de hace diez siglos, luchas como un antiguo guerrero de tu país… pero hablas como una persona de hoy, y utilizas un inglés perfecto. Tu mentalidad no parece la de un oriental. ¿Te han programado acaso para esto? Dicen que Kahngor es un genio de la cibernética, un digno discípulo del viejo profesor Val Zayar, muerto de tumor cancerígeno de tercer grado, producido en la cuarta generación por las radiaciones nucleares…

—No soy un androide, si es lo que piensas —rio Kobe—. Soy tan humano como puedas serlo tú. Pero en cierto modo, sí he sido mentalizado para vivir en vuestro mundo actual.

—Nuestro mundo actual… —se estremeció Saxon, siempre en guardia—. Me aterras, *samurai*. Espero que Kahngor no haya alcanzado su sueño dorado de construir la Temponave…

—Me temo que eso es lo que sucedió, Saxon. La Temponave es una realidad, puedo garantizártelo mejor que nadie.

—¡Dios mío! Entonces tú…, tú eres realmente un antiguo *samurai*, traído al presente desde lejanos tiempos… y mentalizado para sobrevivir en este mundo actual…

—Algo así. ¡Cuidado, Saxon, no te descuides!

Y Kobe saltó adelante como una centella, golpeando con su pie la mano izquierda de Saxon, a la vez que lanzaba un mandoble seco contra su cuello con la espada.

No le falló el primer intento, pero sí el segundo. Sorprendido, Saxon perdió su tridente de piedra, que voló por los aires, al ser golpeados sus

dedos por el pie de Kobe. Sin embargo, la espada del *samurai* chocó con el metal afilado de su adversario, cruzado en rápida maniobra defensiva.

—Ahora, estamos iguales, Saxon —rio el japonés—. Espada contra espada.

—Muy hábil, japonesito —silabeó Saxon, ceñudo—. ¿Y esto qué te parece?

Saxon fue terriblemente diestro. Amagó un golpe fulminante con su pierna derecha, para de inmediato bajarla y disparar la izquierda como un resorte. Al mismo tiempo, trazó en el aire una serie de violentos dibujos con su arma, en busca de la cabeza de Kobe.

Sorprendido por la maniobra, el japonés no pudo evitarlo: de su mano escapó la espada, que fue a clavarse en la tierra, vibrante. ¡Estaba desarmado ante su enemigo!

Saxon rio, contemplándole irónico.

—¿Y ahora, *samurai*? —indagó—. Voy a terminar contigo sin remedio, es lo convenido. El duelo era a muerte, recuérdalo.

—Lo recuerdo muy bien. Termina, Saxon —invitó Kobe.

El otro clavaba en él sus azules ojos. Negó con la cabeza, despacio.

—Ese no es mi estilo —dijo. Y veloz, con su zurda arrancó la espada del suelo y se la arrojó a Kobe, al tiempo que le atacaba—. ¡Defiéndete, rápido!

Kobe Sendai se defendió como una centella. Le llovían los golpes, pero pudo pararlos todos apuradamente, y salir de la zona peligrosa, con las rocas a su espalda, acorralándole. Al apartarse de allí, el metal de Saxon arrancó chispas y maullidos agrios de la piedra.

Se revolvió, en busca de su escurridizo enemigo. Ya era tiempo. Kobe se disponía a pasar al contraataque con una asombrosa facilidad, lanzando varios tajos secos hacia la figura poderosa y rápida de su formidable adversario.

Le logró herir en el pecho, pero sólo superficialmente. La piel se levantó, empezando a gotear sangre en el torso atlético. Saxon se echó atrás, eludiendo otro tajo. Ambos resoplaban, sudoroso el rostro, brillantes los músculos por la transpiración. Los espectadores, mudos y sobrecogidos, no atinaban ni a moverse.

La batalla feroz continuó, cada vez con renovada furia y energía por parte de ambos contendientes. Era evidente el afán de cada uno por inclinar definitivamente la balanza de su parte lo antes posible y dar fin a aquella maratoniana pugna a muerte. Ambos se respetaban ya, aparte

temerse. Y ese mutuo respeto era evidente, tanto en la vertiginosa rabia de los acosos como en la prudente guardia evitando el contragolpe inevitable del adversario.

El tiempo transcurría y el agotamiento lógico no hacía mella en uno ni en otro combatiente, como si sus fuerzas estuviesen aún íntegras y sus reservas fueran sobrehumanas. Parecía que la batalla cuerpo a cuerpo no iba a terminar nunca, cuando uno de los luchadores cometió un error. El único en todo el duelo.

Y el que cometió ese error fue Dick Saxon, por exceso de confianza al ver caer a Kobe Sendai contra unas piedras y perder el equilibrio, teniendo que soltar su espada y aferrarse a un peñasco para no desplomarse al fondo de un insondable abismo.

Esta vez, Saxon no tuvo piedad. Lanzó un grito ronco y se precipitó sobre su enemigo, el afilado hierro por delante, para clavarlo de lado a lado de su rival. Todos se irguieron, admirados, al ver el impulso definitivo de su héroe.

Saxon se equivocó al considerar vencido a Kobe. Porque éste giró sobre sí mismo con una rapidez pasmosa, increíble, y la hoja metálica de Saxon se hincó en la tierra hasta su mitad, tal era el impulso terrible que llevaba. La mano del *samurai* se había estirado a tope, y sus dedos se cerraron sobre su espada. Le bastó hundir una rodilla en el estómago de Saxon, para hacerle caer de lado, ayudado por el impulso que ya llevaba el rubio gigante en su acoso, y le puso su espada contra la garganta.

Una leve presión, y Saxon era hombre muerto. Su cuello quedaría abierto de oreja a oreja, sólo con apretar Kobe aquel acero apoyado en la nuez del rebelde.

—Lo siento, Saxon —silabeó el japonés—. Se terminó la lucha.

—Bien… —jadeó roncamente el otro, pálido y sudoroso, mirándole con sus ojos azules muy fríos—. Acaba ya. Eres el vencedor, maldito amarillo.

Kobe sonrió. No le ofendían esas cosas. Estaba orgulloso de su raza y del color de su piel. Se incorporó lentamente, con el acero apoyado en el cuello del vencido.

—Recuerda tu palabra. Debéis entregaros a Kahngor. El será benévolo con todos.

—Yo nunca me entregaré vivo. Mátame, Kobe. Puedes llevar a los míos contigo, es mi promesa. Pero su sangre pesará toda la vida sobre ti y tu conciencia cuando ese tirano los asesine, recuérdalo bien.

—No creo que lo haga —sonrió Kobe, dueño de la situación—. Levántate, Saxon. No pienso matarte.

—¿Por qué no? —bramó Saxon, furioso—. ¡Me has derrotado! ¡No me dejes vivir la ignominia del fracaso y el cautiverio hasta la muerte! ¡Debes matarme, fue lo estipulado!

—¿Me hubieras matado tú, de haber vencido en la lucha?

—¡Sí, maldito seas mil veces! ¡Claro que te hubiera matado! —rugió Saxon.

—Creí que el sentido del deshonor al ser vencido era privativo de mi raza y de mi pueblo —sonrió Kobe—. En mis tiempos, la derrota significaba el *hara kiri*. Así fue, incluso, hasta no hace muchas décadas. Pero recuerda que he sido mentalizado para esta época. Sé que hay otros modos de probar el honor y la dignidad de la persona y que no te mataré. Eres un enemigo digno y noble. Sería un crimen.

—Tu amo y señor no tendrá tantos miramientos a la hora de matarme a mí y a todos los míos. Será un genocidio, el fin de los washingtonianos. Nunca debí pactar contigo. Eres demasiado bueno para perder, incluso conmigo. Mátame, te lo ruego. Será lo mejor para todos.

—No —lentamente Kobe apartó de su garganta la hoja de acero—. Dije que no lo haría. Antes pudiste atacarme con tu arma cuando estaba yo inerme, y no lo hiciste. Es justo devolverte el rasgo, Saxon. Eres un enemigo feroz pero noble. No puedo matarte.

—¡Pues yo sí lo haré, ya que cometes ese error! —rugió inesperadamente Saxon.

Y para asombro de Kobe Sendai, de su mano voló la espada *samurai*, al verse inesperadamente atacado por su adversario, apenas éste puso una rodilla en tierra para incorporarse. Una muñequera de Saxon habíase desenroscado al accionar él la mano opuesta, y como un reptil de piel, se enroscó a su espada, tras desplazarse, sibilante. Aquel látigo inesperado le dejó inerme ahora a él… y Saxon tomó el arma tan diestramente arrebatada, apoyando su punta curva en el pecho de Kobe, sobre su corazón.

Bastaba un leve impulso ahora, y la hoja penetraría a través de la carne, partiendo el corazón del *samurai* en dos.

—Nunca te fíes de un enemigo aparentemente vencido —rio Saxon —. No se puede ser noble cuando la vida está en juego y Dick Saxon lucha contra un hombre de Kahngor. Lo siento, Kobe. Jugué sucio, pero gané yo al final. Debo matarte…

Y los ojos azules del gigante rubio así parecían revelarlo.

El japonés le miró con fijeza y suspiró, impávido.

—Adelante —sonrió—. No puedo reprocharte nada. Cometí un error, eso es todo.

Saxon apretó un poco la espada contra el torso del *samurai*. Cortó la piel y brotó una gota de sangre. Luego, tomó impulso para lanzarse a fondo.

CAPÍTULO VI

—Dick, ¿vas a matarle, realmente?

Saxon giró la cabeza. Miró a quien había hablado. Luego, negó despacio con la cabeza.

—No, claro que no —dijo, soltando una gris carcajada que resonó con ecos sordos en los macizos rocosos—. Sabes que no podría ser nunca un asesino, Shika.

Arrojó a tierra la espada *samurai*. Se cruzó de brazos, sonriente, frente al sorprendido Kobe. Este miró alternativamente a su enemigo y a la persona que había intercedido por él en el momento supremo.

—Una mujer oriental… —susurró, irguiéndose lentamente—. ¿Qué hace ella aquí?

La llamada Shika sonrió dulcemente, emergiendo de entre las rocas y bajando hacia donde se hallaban los dos titánicos combatientes. Era menuda, grácil, de delicadas facciones, piel de porcelana y bellísimos ojos rasgados.

—Soy de sangre japonesa como tú, pero de tiempos en los que las personas vestidas como tú vas eran ya pura leyenda —explicó ella mansamente—. Mis padres vinieron del Japón cuando la vida allí se hizo imposible. La Tercera Guerra Mundial acabó con Tokio para siempre. Los pocos japoneses que quedaron, se dispersaron por el mundo, en busca de un lugar habitable donde no morir arrastrando sus tumores y mutaciones genéticas. América y Australia fueron las tierras menos contaminadas. Aquí nací yo, pero ambos eran japoneses, lo mismo que todos mis antepasados.

—¿Tú vives con los rebeldes?

—Así es. Ellos, los «rebeldes», como tú dices, son la única esperanza del mundo, el único futuro digno para la especie humana. Si Kahngor nos vence, todo se habrá perdido, Kobe Sendai.

—No es eso lo que aprendí en su ciudad.

—Aprendiste lo que ellos quisieron que aprendieses —terció Saxon enérgico. Le tendió su mano abierta, franca—. Confieso que te vencí con malas artes, Kobe. Eres un gran luchador y un hombre honesto. Considérame vencido. Si así lo dispones, iré contigo y con mi gente, para ser esclavos de Kahngor y morir en sus cámaras de exterminio.

—¿Cámaras de exterminio?

—Oh, claro, él no te habló de eso. Sólo de lo que le convenía. Encontró en ti el brazo armado capaz de vencer a Dick Saxon. Sus computadoras nunca le fallan. Todo lo que Val Zayar, el científico, inventó para el bien de la Humanidad, él lo utiliza ahora para sus propios fines: el Mentalizador, las computadoras, los robots militares, las naves del Tiempo… Sabía que buscando en el pasado hallaría a un guerrero capaz de vencerme, como así ha sido. Eligió a la persona adecuada: rígida de ideas, fiel por encima de todo, fanática en sus decisiones, inflexible en sus actos. Un *samurai*. Pero aunque nosotros seamos exterminados, algún día alguien pondrá de nuevo en pie el espíritu washingtoniano de un nuevo país americano, libre y democrático, sin totalitarismos ni tiranías, el pueblo al servicio del pueblo…

—¿Quién fue realmente Val Zayar? —quiso saber Kobe.

—Un científico soñador, ilusionado en devolver al mundo su pasado esplendor. Creía tener el secreto para descontaminar la atmósfera y la tierra, hacer crecer de nuevo los árboles y dar al planeta Tierra la fertilidad necesaria para reavivar la existencia vegetal, animal y humana. Nunca llegó a hacer realidad esos proyectos. Y de haberlo conseguido, su alumno predilecto lo hubiera destruido para mantener el mismo sistema actual en toda América. Ese alumno, naturalmente, es Kahngor. Sé que no puedes creerme porque él te ha manipulado para que seas su leal servidor, pero así es.

—¿Por qué os llamáis washingtonianos?

—Precisamente por querer reimplantar el espíritu de George Washington. Dar una nueva Constitución a nuestro país, levantarlo de sus cenizas y volver a ser lo que fuimos un día en el mundo, para que el resto del mundo sea también lo que fue. Es utópico, lo sé. Pero hasta el último de nosotros luchará con todas sus fuerzas para alcanzar el objetivo soñado.

—Lo siento. No puedo creeros. Pero yo no soy el vencedor, fuese en buena o mala lid, Saxon. Me has vencido y perdonaste mi vida al final.

Por tanto, estoy en tus manos. Soy yo el derrotado.

—Si así fuese, ¿qué harías?

—No lo sé —sonrió el japonés—. En mis tiempos, hacerme el *hara-kiri*. Ahora… lo ignoro. Supongo que volver junto a Kahngor, si me dejas con vida, y explicarle lo sucedido.

—Sería una locura. Si vuelves y te confiesas fracasado, te hará exterminar. No le son necesarios aquellos servidores suyos que no cumplen lo señalado.

—Me prometió reintegrarme a mi época en la Temponave, para rescatar a la muchacha a quien amo, que quedó prisionera de un enemigo, allá en la época en que yo viví realmente en mi Japón natal.

—Kahngor jamás hará eso —rechazó la joven Shika con énfasis—. Ganes o pierdas, si ya no le eres útil, se deshará de ti de inmediato, es su sistema.

—Insisto en que no puedo creeros. Admitiré mi fracaso y pediré volver con mi gente. No puede negármelo. Me dio su palabra.

—La palabra de Kahngor no vale nada —dijo Saxon, despectivo—. Eres demasiado noble para comprenderlo, Kobe. Aún tienes el concepto del honor y de la palabra que tenía la gente de tu época, por mucho que te hayan adaptado a la mentalidad actual. Créeme, él te hará asesinar de inmediato apenas sepa que no cubriste tu objetivo.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? El confió en mí…

—Pero tú no puedes confiar en él. No regreses, Kobe. Sería fatal para ti. Y me harías sentir culpable de tu muerte por haber permitido que te sintieras vencido.

—No hay otra solución a mi dilema. Moralmente, debo regresar y afrontar mis responsabilidades. Sigo sin creer que Kahngor sea tan malvado como decís.

—De modo que vuelves a su horrible ciudad de metal, donde hasta la vegetación está imitada con materiales artificiosos… —musitó la joven japonesa.

—Sí —Kobe la miró con simpatía e hizo una inclinación ceremoniosa ante ella—. Mi amable compatriota, debo partir. Tal vez nunca volvamos a vernos, Suceda lo que suceda. Pero siempre te agradeceré que intercedieses por mí, aunque creo que aun sin ello, Saxon nunca me hubiera matado a sangre fría.

—Y crees bien, *samurai* —convino Saxon, tendiéndole su mano leal —. Como tú dices, hasta nunca. Ojalá vuelvas a tu lejano mundo de almendros en flor, guerreros y geishas dulces y afectuosas, Kobe Sendai.

De veras lo deseo. Pero sé que Kahngor jamás te concederá eso, amigo…

Se estrecharon la mano. Saxon le devolvió su espada, que el japonés envainó con lentitud, iniciando su marcha de regreso a la ligera nave monoplaza que le aguardaba posada entre las rocas.

Cuando el vehículo circular sobrevoló las Rocosas, fueron cientos de manos las que se agitaron en despedida. Kobe, desde los mandos de la pequeña nave, hizo destellar las luces de situación varias veces, en muda respuesta a aquel saludo de los que en teoría eran sus mortales enemigos, los washingtonianos.

* * *

La puerta se cerró tras él con áspera violencia. La oscuridad le envolvió por completo. Caminó a tientas, hasta encontrar una plataforma esponjosa, parecida a una litera. Se acomodó en ella.

Estaba tranquilo. Muy tranquilo. Pero sabía que había cometido un error. Después de todo, ellos tuvieron razón. Dick Saxon y la japonesita Shika no mintieron al advertirle. Nunca más volvería a su época. Estaba prisionero de otra gente y de otro tiempo. Kahngor no cumplió su palabra. Tampoco la hubiera cumplido de traer él prisionero a los washingtonianos, ahora lo veía claro.

Apenas informado de cuanto sucediera en las Rocosas, su decisión había sido escueta: «Encarcelad al *samurai*.» Kobe supo que pudo haberse resistido a esa orden y combatir. Pero era demasiada gente: robots militares, la guardia personal de Kahngor, las fuerzas de seguridad de Shark… No podía luchar contra cien enemigos a la vez.

Además, aún era posible que Kahngor, pasada su ira inicial, recapacitase y le diese lo prometido: el retorno al hogar remoto, a guerras más bárbaras pero más nobles, allá en el pasado de los tiempos.

Por eso se dejó llevar dócilmente a aquella celda y despojado de su espada por añadidura. Aún quería tener fe en los demás, confiar en que los hombres del siglo XXI no serían tan viles ni tan indignos.

Permaneció quieto, en completo relajamiento, como sólo un oriental hubiera podido hacerlo. Ignoraba el tiempo transcurrido cuando se iluminó un panel de la estancia y, a través de una pantalla estereoscópica, pudo comunicarse con Shark, el hombre del cráneo rapado y el ojo solitario.

—Hola, Kobe —saludó la voz del esbirro de Kahngor a través del

sistema de comunicación de aquel monitor mural.

—Hola —respondió fríamente el japonés—. ¿Por qué me habéis encarcelado? Eso no fue lo convenido.

—Lo convenido era que vencieras o murieras, Kobe. ¿Por qué volviste vivo y fracasado? Otro cualquiera en tu lugar, que fuese de tu condición y de tu raza, se hubiera suicidado ante ese deshonor.

—Perder no es un deshonor. Solamente un azar de cualquier juego, incluso del de la guerra.

—Creo que te he mentalizado demasiado —rio Shark irónico—. Conforme, no quieres matarte por tu deshonra. Pero ¿por qué te dejó con vida Saxon si te venció? Eso no es habitual en él. Ninguno de sus adversarios fue jamás indultado. Es un bárbaro sin conciencia, un ser primitivo y salvaje.

—Tal vez por eso obró así. Es primitivo porque es noble. Es bárbaro porque ama la libertad. Yo entiendo algo de eso. Luché durante años en mi país y en mi tiempo para luchar contra tiranos como el emperador. O como Kahngor.

—Cometes un error; Esa gente significa la barbarie, el retroceso, una vuelta a empezar…

—Siempre hay que volver a empezar cuando algo acaba, y tener fe en imaginar que la próxima vez todo será distinto. Pero el método de Kahngor nunca puede resultar. No se puede esclavizar a la gente, someterla a un poder absoluto y total. Y si Kahngor tanto desea cambiar el mundo, ¿por qué no aplica los inventos del profesor Val Zayar, para repoblar la Tierra de árboles y plantas, para devolver la flora y la fauna a los continentes, para que la vida humana vuelva a iniciarse en un vergel hermoso y lleno de promesas, y no en un frío mundo metálico, artificial y monstruoso?

—Me temo que esta vez fuiste demasiado lejos, Kobe —dijo gravemente Shark, clavando en él su único ojo centelleante, a través de la pantalla de comunicación—. Has aprendido todas las reglas de los rebeldes, llevas contigo el germen de la revolución total. Kahngor ha ordenado que se te reprograme mentalmente, si estás dispuesto a colaborar con el Sistema. Pero si vuelves con ideas tan subversivas, no existe otro remedio para ti que la cámara de exterminio.

—La cámara de exterminio… De modo que existía… ¿Y hubierais exterminado del mismo modo a cuantos forman parte del grupo de Dick Saxon?

—Eran las órdenes. Lo siento, Kobe. Ahora ya conoces tu destino.

Pudiste ser un leal servidor del Señor de Señores, pero tus errores te cuestan la vida.

—Me hubierais asesinado igual, junto con los demás. Vivo, resulto demasiado peligroso para un vil asesino como tu amo. Pero ningún daño os causaría devolviéndome a mi mundo, a mi época, tal como prometisteis.

—Sería demasiado costoso emprender ese viaje de siglos —rio Shark —. No, *samurai*, lo lamento por ti. Pudo haber resultado, pero falló el plan. Buscaremos a otro capaz de vencer a Saxon, seguro que lo encontraremos.

—Se puede vencer a los hombres, pero no a las ideas —le recordó fríamente Kobe—. Puede morir un caudillo, pero queda su huella, su imagen, su recuerdo, la fe de sus incondicionales en él. Y el espíritu de ese caudillo puede regresar un día, cuando la gente comprende que lo demás es basura, ruina y corrupción, falsas promesas y esperanzas fallidas. Temed ese día, Shark. Temedlo todos.

La pantalla se apagó. Kobe Sendai se quedó solo. Solo en la oscuridad, esperando la muerte. Ahora sabía que Saxon tuvo razón. Pero era demasiado tarde para evitar que las cosas fuesen como eran. Era demasiado tarde para todo.

* * *

—Es la hora, Kobe Sendai —dijo la voz fría y solemne.

La puerta de la celda se abrió. En ella aparecieron hasta una docena de hombres armados, con el uniforme de la Guardia Especial de Kahngor, arma en ristre. Los capitaneaba Shark, de cuyo parche metálico arrancó la luz del corredor un frío destello acerado. Kobe sonrió.

—Ni siquiera desarmado os fiais de mí, ¿eh? —rio—. ¿Tanta gente para un hombre solo?

—Eres el mejor guerrero en muchos siglos —dijo Shark, tajante—. Toda precaución es poca para llevarte sin riesgo a la cámara de exterminio… En marcha, Kobe. Todo será rápido, no sufrirás demasiado dolor, te lo garantizo.

—Sois muy compasivos —comentó con sarcasmo Kobe, sin que el otro dijera nada.

Caminó, flanqueado por seis hombres a cada lado. Robots armados guardaban los pasillos, dorados e imperturbables. El japonés estudiaba

todo de soslayo, en busca de una posibilidad, por remota que fuese, si no de evadirse, sí de hacer pagar cara su vida a aquellos traidores. Pero no encontró el menor resquicio posible en medio de aquellas precauciones.

Recorrieron largos corredores alumbrados artificialmente, hasta llegar a una amplia sala circular, de la que partían diversas plataformas en ascenso y descenso, dentro de tubos cristalinos. Le introdujeron en una de esas cabinas, y comenzaron a descender. Saxon descubrió, a su paso, una amplia plataforma donde reposaba una singular nave de forma hemisférica y metal negro.

—¿Qué es eso? —preguntó indiferente, señalándolo.

—La Temponave —sonrió Shark—. En la que viniste de tu época.

—Supongo que también era mentira esa historia de que sólo puede viajar una vez por año…

—Supones bien, Kobe. Su energía propulsora es muy limitada aún, pero todavía le es posible hacer varios viajes sin renovar sus sistemas de propulsión, de tan costosa sustancia energética. Pudiste haber vuelto allí de inmediato, pero Kahngor no iba a malgastar ya contigo el coste enorme de esa energía necesaria para desplazarse diez siglos atrás y regreso.

—Sí, comprendo. Todo ha sido mentira aquí, desde un principio —suspiró Kobe, con gesto ensombrecido.

—No todo. Llegaste siendo un ignorante patán de la Edad Media, y vas a morir siendo un hombre culto, inteligente y civilizado —se mofó Shark—. ¿Te parece poco?

Los helados ojos oblicuos del *samurai* se volvieron a él, mirándole con una mezcla de desprecio y de ira. Las oscuras pupilas de Kobe reflejaron una luz fría, casi cruel. De sus labios apretados, las palabras salieron como proyectiles mordaces:

—Eres un cerdo, Shark. Una bestia inmunda, un esbirro asqueroso, sometido a tu vil patrón, esa rata cobarde con aspecto de gigante todopoderoso, pero que no es sino bazofia repugnante, como lo sois todos aquí. Me dais asco. Puede que me matéis, no lo dudo. Pero antes, cuando menos, voy a darme alguna satisfacción, miserable esbirro.

Y de repente, Shark sintió que aquella pasiva estatua de granito amarillo oliváceo que era el cuerpo musculoso, elástico y felino de Kobe Sendai, se convertía, dentro de la angosta plataforma descendente, en una especie de vertiginoso torbellino, una vorágine terrorífica de fuerza física que, disparando brazos y piernas, en un total dominio de las artes

de lucha oriental, sincronizadas a la perfección.

Los soldados fueron lanzados contra los muros cristalinos, con la furia que éstos se astillaron, desgajados, lanzando abajo a los golpeados, entre alaridos de agonía, ya que el descenso por el vacío, dando tumbos, era de cientos de metros de altura, y su final era inexorablemente la muerte. Shark chilló, aterrado, dando órdenes para que Kobe fuese reducido, pero brazos, piernas y cabeza del japonés eran como una furia desatada, tumultuosa, que formaba alrededor un cerco completó, del que salían despedidos los cuerpos y el tubo del elevador se hacía añicos a cada impacto, entre tambaleos de la plataforma descendente. El propio Shark, pese a su poderosa musculatura, recibió un patadón seco de Kobe, que le dobló en dos, tosiendo y jadeando, lívido, casi sin aliento, mientras Kobe lograba al fin saltar al vacío, colgándose de los jirones astillados de tubo vertical, en tanto sirenas agudas daban la alarma en toda la zona acotada por la que sólo circulaban fuerzas militares de Kahngor.

Deslizóse Kobe como una araña, sujeto con una sola de sus manos a los puntos astillados del cilindro de plástico cristalino, y luego saltó, tras tomar poderoso impulso, a la plataforma donde reposaba la hemisfera negra de la Temponave. Tres soldados que montaban guardia junto a la misma, corrieron hacia él, enarbolando sus armas con celeridad.

Kobe rio. Aquello para él era un juego de niños, pese a los tubos de rayos abrasadores que llevaban los soldados. Cargó contra ellos sin darles tiempo a utilizar sus peligrosas armas térmicas. Dos de los soldados volaron por los aires, para ir a parar asimismo al vacío y estrellar sus cráneos allá abajo con sordo chasquido. El tercero le miró, aterrado, y dejó caer su arma. Kobe la tomó con rapidez, le dejó sin causarle daño, y proyectó el rayo azul contra el cilindro cristalino, por el que ahora descendían hasta seis plataformas repletas de fuerzas especiales, al mando del propio Shark, más furioso y excitado que nunca.

Lo que ocurrió fue tan espectacular como terrorífico. El rayo azul desintegró parte del tubo y dos de las plataformas, arrojando al vacío a sus ocupantes y haciendo oscilar a todas las demás. Shark se aferró al borde de una plataforma, pateando en el vacío, a punto de caer, entre horribles blasfemias, y sus hombres le recogieron justo a tiempo. La confusión era total. Kobe se volvió al vigilante de la nave, aterrado y humillado en el suelo, y le preguntó con aspereza:

—Pronto, dime cómo se abre esa nave para entrar en ella, o te

convierto en cenizas, miserable.

—La…, la escotilla se abre… pulsando simultáneamente los remaches laterales de la izquierda, justo a la altura de la estría roja… —jadeó el soldado, trémulo—. Pero ignoro cómo se pone en funcionamiento el ingenio…

—Es igual, ya veré cómo lo consigo. Y si no, volaré en pedazos con él delante de todos, y Kahngor se quedará para siempre sin su maravillosa Temponave…

Encontró la estría roja del fuselaje y los remaches citados. Ya venían más tropas en su busca, de modo que oprimió con rapidez aquellos puntos, y para alivio suyo, descendió una pasarela en rampa, y se abrió una escotilla en el casco negro de la nave tempo-espacial.

Rápido, Kobe se metió en su interior. Automáticamente, se iluminó éste con una fluorescencia azulada, y se cerró la escotilla a sus espaldas. El japonés corrió a una cámara central de mandos, harto compleja y sofisticada, repleta de teclados, programadores, circuitos y pantallas. Tras una serie de breves intentos, conectó una computadora. Esta se iluminó. Comenzó un parpadeo de luces, brilló luz en una pantalla.

Kobe contempló las cifras allí grabadas. Leyó el texto: *Japón. Edad Media. Siglo XI. Año computado, 1.090. Región al norte de Nigata, isla de Honshu. Puntos coordinados…*

Casi saltó de alegría. Nadie había tocado la computadora en todo ese tiempo. La nave, por tanto, debía estar programada conforme al retorno de su época, para poder volver en cualquier momento al mismo punto y hora en que fue él recogido por la nave de Kanghor, diez siglos atrás.

Se sentó ante los mandos. Oyó carreras de soldados en la plataforma exterior, donde reposaba la nave. Por si era sorprendido antes de lograr su objetivo, dispuso el tubo de rayos para volar todo aquello con él dentro. Y siguió tanteando, probando a la desesperada, siguiendo su propio instinto y los conocimientos técnicos que de la electrónica había recibido a través del Mentalizador Central.

De repente, sucedió.

Hubo algo así como un rugido en alguna parte, vibró un sistema de motores y temblando el suelo bajo sus pies.

La Temponave se puso en funcionamiento. Kobe sintió una rara sensación, un vahído intenso. Sujetó los correajes de su asiento para permanecer acomodado allí, notando que algo en él se distendía, como si su persona cobrase otra dimensión y todo a bordo se estirase hasta el infinito…

Perdió la noción de todo, mientras allí fuera se debilitaban los gritos y golpeteos de botas militares.

Supo que estaba viajando.

Viajando en el Tiempo. Rumbo a su mundo, a su país, a su gente, a su pasado, a su propia vida.

Atrás, quedaba el planeta Tierra del siglo XXI, con su horrible historia de desolación, locura y muerte total. Con su crueldad mecánica, con su deshumanización enloquecedora, con sus tiranos y sus rebeldes, con la eterna lucha entre dos conceptos distintos de lucha, de modo de ser.

Era el retorno a lo de siempre. La vuelta a casa, con todo lo bueno y lo malo que ello implicase…

Kahngor acababa de perder su más preciado objeto: la Temponave, el secreto de viajar al pasado o al futuro. Y él, ahora, volvía al lugar de donde fue arrebatado para luchar como un *samurai* en un mundo de robots, ciencia enloquecida y contaminación letal.

CAPÍTULO VII

Se quedó fascinado, contemplando el exterior.

Humo, rescoldos, cadáveres entre barro y sangre, vegetación mojada por la lluvia, cabañas arrasadas, muerte y silencio por doquier.

—Casi lo había olvidado —musitó, angustiado—. El mundo nunca ha sido demasiado diferente, después de todo… Me pregunto qué época pudo ser mejor, cuando todas han sido tan malas por culpa del mismo hombre…

Sí, todo era igual allí. Japón, Edad Media, guerras intestinas, revueltas, miseria, sangre, fanatismo, ignorancia… Pero él no. Él no era el mismo de antes. Él era otra persona, otra mentalidad, otro cerebro. Sabía cosas que nadie conocía en su tiempo. Veía, como algo lejano y casi extraño a su propia mentalidad actual, todo lo que le rodeaba, con su primitiva barbarie y su ferocidad arcaica.

Pisó el barro, evitó pisotear sangre y cadáveres, miró en torno, al día lluvioso y triste, con olor a muerte y a ruina, a cañas quemadas y a agua estancada.

—Si no fuera por Suzuki… escaparía de inmediato de este horror —musitó, estremecido—. ¿Será posible que cuando uno ve las cosas de distinto modo, todo sea tan sucio y odioso, tan falto de grandeza y de esplendor? Ni siquiera la victoria o la muerte heroica tienen mucho sentido ahora para mí… Todo esto que me rodea me da náuseas, me horroriza y deprime… Ha de haber algún lugar en el Tiempo en que todo sea distinto, mejor… más esperanzador para el ser humano…

Miró en torno, tratando de hallar algún vestigio de vida. Al no encontrarlo, sacudió la cabeza. Se acercó a su caballo, aquel animal blanco, de manchas negras, que dejara atado a un árbol. Palmeó su lomo. El animal meneó la cola y le miró complacido. Kobe se agachó a recoger una espada de *samurai* caída en el barro, y todavía sucia de

sangre humana. La limpió en la húmeda hojarasca.

—Vamos, amigo —dijo al caballo—. Tenemos que acercarnos a la ciudad. Allí debe estar aún mi amada Suzuki… Hemos de rescatarla del maldito general Matsu, antes de que sea demasiado tarde.

El animal relinchó como si comprendiera. Kobe se subió de un salto a su silla, y emprendió el trote hacia la ciudad, a través de los campos de arroz arrasados por las hordas del emperador. Atrás, entre los cañaverales y las chozas quemadas, quedó su oscura nave temporal, aquella con la que volviera del remoto futuro de la Tierra, como una hemisfera negra y enigmática, que cualquier otro japonés de su tiempo miraría como algo sobrenatural y maligno, apresurándose a escapar de su vecindad.

* * *

La cantina estaba repleta de soldadesca imperial. Vocinglera, medio ebria, tosca y grosera como todos los esbirros del maldito emperador, pensó Kobe Sendai, oteando el interior, cubierto de humo y de aire viciado, mientras las complacientes geishas atendían a los oficiales y soldadesca solícitamente, el *sake* corría abundante en las mesas, y las blasfemias se entremezclaban con frases de pasión y deseo en labios de hombres borrachos de sangre, alcohol y sexo.

Kobe evitó entrar en la cantina. Era demasiado conocido de los hombres del emperador para correr semejante riesgo en esos momentos. Además, no conduciría a nada, porque sus sagaces ojos no descubrieron entre los presentes al general Matsu, su más odiado adversario, y secuestrador de su adorada Suzuki.

Se apartó de la entrada al figón, rodeando el tosco edificio de la callejuela húmeda de lluvia, alumbrada por algunos faroles de papel, colgados entre ambos muros. Hombres de la guardia imperial deambulaban de un lado a otro, conversando animadamente, algunos de ellos armados, y otros llevando de la mano una botella de *sake* medio vacía. Una cercana pagoda, recortaba sus escalonados tejadillos contra el nuboso cielo de la madrugada, cercano ya el amanecer. Pronto los hombres dormirían como cerdos, repletos de alcohol y copiosos alimentos, cuando no hastiados de gozar con sus geishas del momento.

Esperó, paciente, pegado al muro, conteniendo la respiración cada vez que unos soldados pasaban cerca de él. Cuando empezó a clarear ligeramente por oriente, y los tejados puntiagudos de la pagoda cercana brillaron con un tenue resplandor escarlata, Kobe Sendai sonrió

lobunamente en la sombra, y comenzó a escalar el muro del edificio donde se alojaba la soldadesca, hasta alcanzar un tejadillo de cañas sobre el cobertizo en que se alineaban caballos bien enjaezados, uno de los cuales portaba las insignias imperiales y el distintivo del general Matsu. Desde allí, le fue fácil brincar a una ventana abierta, por la que penetró rápido en el interior de la casa.

Se pegó nuevamente al muro, conteniendo el aliento, su mano cerrada fuertemente sobre la empuñadura del sable *samurai* obtenido de un cadáver. Sus ojos brillaban en la oscuridad con cruel deleite. Estaba muy cerca del anhelado objetivo y se alegraba de ello. Toda su civilizada capa de hombre distinto, todos sus profundos conocimientos adquiridos en otra época, a través de prodigiosas máquinas capaces de influir en el pensamiento y en la cultura humana, quedaban ahora olvidados ante la gran ocasión tanto tiempo anhelada: la venganza, el enfrentamiento con el expoliador y asesino que el emperador había enviado para someter a las provincias rebeldes del norte en su lucha rebelde contra el tirano. En cierto modo, pensó no sin amarga ironía, él y su gente eran como aquellos washingtonia-nos que, dentro de diez siglos, en la América desolada de la postguerra nuclear, lucharían por su nueva libertad y sus nuevos derechos constitucionales, contra un tirano monstruoso llamado Kahngor, no demasiado lejano en cuanto a significado y poder del emperador del Japón medioeval que él había conocido.

En cuanto a Matsu, acaso el vil y sibilino Shark fuese su copia bastante aproximada en ese remoto futuro al que ya no pensaba volver jamás, tal vez porque no valía la pena cambiar una época por otra, ya que todas ellas, en el fondo, tenían entre sí extrañas y preocupantes semejanzas.

Dejó de pensar en aquel futuro cuando oyó la voz de Suzuki. El corazón le dio un vuelco, y sintió un escalofrío de emoción indescriptible dentro de su ser. Conocía demasiado bien aquella voz suave, aterciopelada, entre tímida y sugerente, toda ella femineidad y dulzura. Llevado por su mágico, cristalino sonido, Kobe se movió corredor adelante, hacia una puerta cerrada, junto a la que se situó, escuchando atentamente, palpitante como nunca su corazón dentro del pecho, temiendo oír lo peor, la evidencia de la violación, del ultraje hecho a la mujer amada.

Pero no. No oyó voz alguna de hombre dentro de la estancia. Sólo la delicadísima y tierna voz de Suzuki, entonando una cancioncilla tenue, sutil como la misma luz del alba que se comenzaba a filtrar ya por las

ventanas del figón de la ciudad donde la guardia imperial había hecho alto, de regreso de su vandálica excursión a los pueblos y caseríos del interior.

Ella cantaba, sí. Un goce sublime se expandió en el alma de Kobe. Si su amor cantaba aún, con aquella cálida y bella voz, es porque no había motivos para el dolor ni para la amargura. Era aquella una balada juvenil, que hablaba de placer, de promesas dulces y de un futuro radiante. Se sintió el más feliz de los mortales en ese momento, e impulsado por su corazón noble, impulsivo y generoso, se precipitó sobre la puerta y la abrió, hablando con voz conmovida, casi con lágrimas en sus ojos:

—¡Suzuki, mi amor, vida de mi vida! —clamó con voz tenue, asomando a la cámara entusiasmado—. ¡Aquí estoy para liberarte, amada mía, y volver juntos a nuestras tierras del norte!

Ella alzó la cabeza. Le miró, con sus hermosos ojos almendrados, que reflejaban candor y ternura. Su faz aparecía blanca como la porcelana, bien cubierta de polvos de arroz, rojos los finos labios, peinados sus cabellos con numerosas agujas doradas, y cubierto su bello y menudo cuerpo con las más ricas sedas y más lujosos brocados de resplandecientes colores.

Soltó el instrumento de cuerda que tañía dulcemente, y sus ojos se abrieron, con una mezcla de terror y de asombro al ver allí a Kobe. La voz que brotó de sus labios era apenas un susurro crispado, medroso:

—Kobe… Tú… ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí? ¡El general te matará!

—No, mientras yo tenga una espada conmigo y deba defender tu honor y tu dignidad de mujer, amada mía —rechazó Kobe—. Vamos, querida, vine a por ti. Quítate todas esas malditas sedas, todos esos brocados y agujas. No dejes que te vistan como a una concubina o a una geisha. Vuelve a tus ropas sencillas y escapemos cuanto antes de aquí los dos.

Suzuki le contemplaba aún con pasmo, sin reaccionar. Pero en ese momento, le rechazó airada:

—¡Vete tú solo, necio! ¿Qué esperabas de mí? ¿Qué te acompañase a pasar miseria en esos campos arrasados por las tropas? ¿Qué envejezca y muera llena de penalidades y de fatigas, o que rece un día ante tu cuerpo cosido a bayonetazos? ¿Es eso lo que pretendes para mí? ¿Qué friegue suelos y camine descalza por esos caminos, huyendo de las tropas del emperador hasta caer extenuada? ¡Vete, Kobe Sendai, y

déjame en paz con mi nueva vida! Voy a ser importante en la Corte, ¿lo entiendes? El general me hará su favorita, el palacio será mi morada, vestiré ricos trajes y tendré cuanto ambicione, sólo porque soy hermosa y debo ser complaciente. ¡Vete, antes de que él llegue y descubra tu presencia aquí, haciéndote matar como a un perro!

Kobe dio un paso atrás, horrorizado. Miró a su dulce Suzuki con ojos incrédulos, sin poder admitir lo que oía.

Ella, la hermosa, la delicada, la fiel Suzuki, su mujer adorada… ¡vendida a un miserable general que la llenaba de regalos a costa de su dignidad de mujer! ¡Ella, convertida en una cortesana, en una ramera de lujo!

—No, no —rechazó—. No puedes hablar en serio. Me estás mintiendo para que me vaya y no corra peligros. Di que es así, y con mis propias manos mataré a ese general maldito que así desea corromper a mi dulce Suzuki…

—¡Corromperme! —ella soltó una carcajada que hirió a Kobe mucho más de lo que podría hacerlo un afilado sable entrando en su cuerpo—, ¿Qué tonterías estás diciendo? ¡Yo deseo esta vida! No hay nada corrompido en ella, sólo lujo y placer, dos cosas que tú jamás me darías, Kobe Sendai. Vete, vete de una vez por todas, o tendré que gritar y pedir ayuda, maldito estúpido soñador y necio…

Ahora estaba claro. Dolorosamente claro. Suzuki era así, no como él la imaginara. Igual que muchas otras mujeres, ambicionaba lujos y riquezas, una vida cómoda y confortable, vendiéndose a cambio de ello al mejor postor. Sintió asco, pena de sí mismo, lástima y náusea hacia ella.

Retrocedió, lívido, los ojos centelleantes de horror y desprecio.

—Debería matarte por lo que has dicho. Pero no vale la pena —susurró—. En tu propia vida futura tendrás tu castigo. Esa riqueza y ese lujo serán tu peor tumba. Quédate con tus amantes ricos, Suzuki. Yo jamás pensaré ya en ti. Jamás. De no haber mediado entre lo ocurrido y este momento algo que tú jamás entenderías, ahora yo buscaría en mi propia muerte el fin de mis pesares y decepciones. Pero no es abandonando este mundo voluntariamente como se demuestra el valor y la dignidad, sino sobreponiéndose al dolor y a la decepción, y abandonando aquello que no merece la pena. Adiós, Suzuki. Adiós para siempre, y maldita seas en tu nueva vida…

Se dio media vuelta, ante el asombro de ella, que temía lo peor, para salir de la estancia. En ese momento, ataviado lujosamente, con amplia

sonrisa en su ancha cara de luna llena, el fornido general Matsu apareció en el umbral.

Su rostro se convulsionó al ver allí al *samurai* Kobe, su más odiado y perseguido adversario de entre todos los rebeldes. La furia asomó a sus ojos fanáticos y crueles.

—¡A mí la guardia! —aulló—. ¡Kobe Sendai, el *samurai* rebelde está aquí! ¡A mí, pronto!

Y desenfundó su propia espada, lanzándose sobre Kobe. Suzuki gritó roncamente, y los aceros chocaron cuando Kobe alzó su propia arma con celebridad, parando el golpe del militar.

Por el corredor sonaba ya un correr de pies, entrechocar de armas y armaduras, y voces destempladas en respuesta a su jefe. Tenía poco tiempo, ya que de otro modo sería abatido allí por docenas de enemigos bien armados. El choque de aceros duró unos pocos segundos. Kobe era infinitamente mejor guerrero que el general, y frente a frente ambos hombres, Matsu nada tenía que hacer.

El joven *samurai* eludió un impetuoso ataque a fondo de su enemigo, y luego fue él quien lanzó un formidable mandoble a Matsu, alcanzándole de lleno en la garganta. El chillido de Suzuki fue estremecedor, cuando de oreja a oreja, se abrió el cuello del general imperial, y la sangre brotó de la herida tumultuosamente, bañando en un rojo violento las galas con que el militar había acudido a gozar de los placeres de la carne con su cautiva. Con ojos desorbitados y un gesto convulso de suprema rabia e impotencia, el general Matsu se desplomó a pies de Kobe sin vida, cuando ya un tropel, de su guardia asomaba ruidosamente por el fondo del corredor.

Kobe dirigió una última y despectiva mirada a Suzuki, más blanca ahora que su propio maquillaje de polvos de arroz, y luego corrió como un gamo hacia la salida del fondo, por cuya ventana se arrojó con elástica rapidez sobre el tejadillo del cobertizo, perseguido por una verdadera nube de lanzas que buscaban su cuerpo sin encontrarlo.

El *samurai* brincó del cobertizo al callejón, y silbó, llamando al caballo. Este acudió, con sus orejas erectas, el joven brincó a su silla, nuevamente sintiendo el aire asaeteado por las lanzas, y avanzó al galope. Tres jinetes le cerraron la salida del callejón, empuñando sables curvos. Se lanzó sobre ellos como una centella.

Rápido entrechocar de aceros, gritos de dolor, relinchos de caballos asustados, y un resultado final: tres cuerpos sin vida en la calzada. Kobe se alejó a todo galope a través de la dormida ciudad en el alba,

perseguido por un tropel de jinetes vociferantes, que trataban de alcanzarle aunque reventando sus caballos en una exasperada carrera.

Kobe retornó a sus tierras norteñas, a través de la bruma matinal, los arrozales arrasados y los campos calcinados, llevando tras de sí, entre jirones de niebla, una turba de soldadesca cuyas armaduras y cascos producían un bélico bramido en el amanecer apacible. Cuando cruzó el rio, entre abanicos de agua espejeante, Kobe sonrió con dureza. Necesitaba dejar atrás de modo definitivo a sus perseguidores, que se iban aproximando peligrosamente. Y creía saber cómo lograrlo, aunque ello significara volver a lo desconocido, a lo que no le pertenecía.

Enfiló su carrera hacia el villorrio arrasado el día antes por las hordas imperiales. Los soldados le seguían obstinadamente, sin perderle de vista, aunque separados de él por una relativa distancia que les impedía arrojarle arma alguna con resultado práctico.

Kobe vislumbró al fin, entre la neblina matinal, las formas de los chozos calcinados y los cadáveres abatidos en los charcos.

Y, naturalmente, la hemisfera negra en medio de todo ello. La Temponave de Kahngor.

Apresuró el galope de su animal, aun a riesgo de hacerle reventar en la carrera. Tenía que llegar a la nave del Tiempo antes de que los soldados le dieran alcance. Cruzó el charco todavía tinto en sangre humana, y saltó de la silla a poca distancia de la Temponave, corriendo hacia ella con largas zancadas, mientras los soldados, a su espalda, lanzaban gritos de júbilo, pensando que ya lo tenían virtualmente acorralado.

Kobe alcanzó la hemisfera negra buscando frenéticamente los dos resortes de la escotilla. Estaba nervioso y agitado, y perdió algún tiempo. Algunas lanzas se estrellaron contra la metálica caparazón de la nave del Tiempo. Giró la cabeza, maldiciendo sin cesar de buscar en el negro fuselaje los resortes. Al fin los encontró, cuando ya los soldados a caballo penetraron en la charca en medio de oleadas de agua rojiza.

La puerta se abrió, y descendió la rampa de acceso. Kobe corrió por ella hacia el interior, ante el pasmo de los perseguidores. Algunos de éstos, sin embargo, no dejaron de cabalgar, y llegaron ante él, haciendo saltar a sus caballos a la rampa, para penetrar tras del *samurai* en la extraña nave que los demás contemplaban con estupor.

Kobe se interpuso, impidiendo el acceso a sus enemigos al interior. Aunque él iba a pie y sus atacantes a caballo, alzó su espada y se enfrentó a ellos, atravesando a dos con el acero rápidamente.

Otros dos, asustados, prefirieron volver grupas y reunirse con los demás, para un ataque masivo, menos arriesgado que aquél, dada la combatividad y pericia bélica del temido *samurai*.

Kobe aprovechó para adentrarse en su nave. La puerta comenzó a cerrarse automáticamente, y se plegó la rampa de acceso, ocultándose en su interior. En pocos momentos, la nave fue una caparazón hermética y negra, a la que en vano los soldados del emperador pusieron sitio, golpeándola rabiosamente con sus lanzas y espadas.

Sonrió el joven guerrero, enfrentándose a los mandos que ya no le resultaban tan extraños ni herméticos. Se hallaba justamente en la época y lugar marcados en la pantalla de la computadora central de a bordo. Por tanto, tenía que manipular los mandos para fijar otra fecha a la cual dirigirse.

Pulsó una serie de teclas, y automáticamente, la computadora hizo asomar unas cifras en la pantalla visora. Kobe las estudió, pensativo: ESTADOS UNIDOS. AÑO 2.090. CIUDAD CAPITAL. PALACIO DE KAHNGOR, COORDINADAS 27,5 —11,4 210,22.

Eran los datos memorizados por la máquina, para el regreso a su punto de origen. Naturalmente, Kobe sabía que podía alterar todo eso fácilmente, y dirigirse a otro lugar en el Espacio y en el Tiempo con aquella nave portentosa.

Pero pensó entonces en Dick Saxon y en la dulce japonesita Shika, en los feroces Kahngor y Shark, en el estado de cosas de América en el siglo XXI, y decidió que tenía en cierto modo una deuda con sus amigos de las Rocosas, los idealistas y rebeldes washingto-nianos de la Era Postnuclear.

—¡Qué diablos, nada puede ser peor que mi propia época! —murmuró, decidido, pulsando los teclados de la máquina—. Sea cual sea allí mi destino, tal vez valga la pena intentarlo… Ya ni Suzuki ni Matsu me atan a este mundo mío. No tengo aquí nada por lo que luchar. Allí, sí. Allí, puedo ser un washingtoniano más… Sólo cambiaré un dato de la computadora: el punto de destino. Procuraré llegar con la nave a las Rocosas, al punto donde conocí a Saxon y su gente…

Hizo proyectar en pantalla un mapa minucioso de las Rocosas, hasta determinar, conforme a los datos de situación que utilizara en su monoplaza aérea cuando viajó, a las montañas a enfrentarse con Saxon, el punto exacto de llegada. Luego, ya resueltas las correspondientes coordenadas mediante el trabajo de la propia computadora, pulsó el botón rojo de arranque.

Fuera, la horda imperial seguía intentando en vano abrir aquel objeto para ellos inexplicable, cuya superficie ni siquiera se abollaba con los impactos de sus armas.

De forma inesperada, la nave pareció tornarse incandescente, todo su fuselaje se iluminó de forma deslumbradora, y los aterrados guerreros se dispersaron, gritando despavoridos, a medida que aquella luz les cegaba, y la majestuosa forma se despegaba del suelo, elevándose en el grisáceo aire matinal, como una ígnea bola mágica, para desaparecer en las nubes sin dejar rastro.

Los soldados imperiales, sin dar crédito a sus ojos, volvieron a sus caballos atropelladamente, regresando como enloquecidos a la ciudad para explicar aquel espectáculo inaudito que presenciaran y que, por supuesto, nadie iba a creer, en especial sus irritados superiores.

Allá, en una zona del Espacio Tiempo, a través de los siglos y de un planeta Tierra eternamente cambiante, un hombre, un guerrero medieval japonés, volvía al futuro, a una época situada a diez siglos de distancia de su verdadero lugar.

CAPÍTULO VIII

La forma se materializó entre las rocas, como surgida por unas mágicas artes. Primero fue luz. Luego un cuerpo de materia sólida, color negro. Una hemisfera metálica, que se posó sobre los peñascos abruptos, como llegada de ninguna parte.

La puerta se abrió lentamente. La rampa descendió. Kobe Sendai, con su espada *samurai* todavía manchada por la sangre de unos soldados muertos diez siglos atrás, emergió lentamente, mirando en torno.

Estaba justamente en el mismo claro donde tuviera lugar la batalla con el poderoso Dick Saxon, el rubio gigante caudillo de los washingtonianos. Pero allí no había nada ni nadie… excepto la Muerte misma.

Kobe contempló con horror los cadáveres que salpicaban la zona. Eran cuerpos rudos, musculosos, de hombres de poblada barba, ataviados con pieles. Los conocía bien. Los washingtonianos de Saxon. A algunos de ellos incluso les fue posible reconocerlos. Los había visto, llenos de vida, presenciando su formidable duelo con Saxon.

Y ahora estaban muertos. Todos muertos violentamente, yaciendo sobre su propia sangre.

—¿Qué ha sucedido aquí? —se preguntó, horrorizado—. ¿Qué pasó para que esto pudiera llegar a ser realidad?

Caminó entre los cadáveres, mientras un soplo de viento cálido y contaminado agitaba sus ropas de *samurai*. De repente, vio que uno se agitaba débilmente en tierra. Rápido, se inclinó a atenderle. Pronto comprobó que el desdichado no tenía solución posible. Su cuerpo estaba cosido a cuchilladas, sus pulmones reventados. Al hablar, mirándole con ojos vidriosos, espumeaban sangre sus labios lívidos:

—Tú… el *samurai*… —gimió—. Has vuelto…

—Sí, sí. Dime qué ocurrió. ¿Cómo fue esta matanza, amigo?

—Saxon… Saxon se enteró de que ibas a ser ejecutado… —susurró entre borbotones sanguinolentos—. Quiso salvarte, rescatarte de allí… Acudió con sus mejores hombres… Pero fueron vencidos y capturados… Luego, los soldados de Kahngor vinieron aquí a aniquilar a los que habíamos quedado. Supe que…, que Saxon y Shika, junto con los demás prisioneros… serán ejecutados hoy por Kahngor en persona, en la plaza pública de la ciudad del metal… Nada… podrás hacer ya…

Se quedó rígido, entre los brazos de Kobe. Este lo depositó mansamente en tierra, bajando sus párpados con los dedos. Se irguió fieramente, con expresión de cólera infinita en su rostro de guerrero implacable. Miró la nave negra.

—Tú puedes llevarme a tiempo aún —dijo—. Sólo tú puedes hacerlo. Bastará con que haga retroceder algo el tiempo, para no llegar demasiado tarde. Va a oscurecer. Tengo que llegar allí cuando el día de hoy esté amaneciendo, para evitar lo que sería de otro modo irremediable. ¡Tengo que programar esa computadora temporal como sea!

Entró en la Temponave. Se inclinó sobre los complejos teclados de la computadora central, tratando de poner en ello toda su actual sabiduría, la cultura electrónica adquirida a través del Mentalizador de Kahngor.

Tras varios minutos de intensas pruebas, lo logró. Retrasó el reloj de a bordo en doce horas. Y mediante ese artilugio, conectó las coordenadas del palacio de Kahngor, que la computadora le facilitó de inmediato. Después, otra vez en marcha a través del Espacio y del Tiempo, en esta ocasión en un breve salto horas atrás, en un lugar situado al este de las Rocosas… La capital del nuevo imperio de Kahngor, el tirano de la Era Post-nuclear…

* * *

El clamor en la plaza pública era ensordecedor. La multitud se apiñaba, esperando con morbosa complacencia el final de los condenados. La hilera de un centenar de cautivos, encadenados entre sí en hilera, con el imponente y altivo Dick Saxon a la cabeza, seguido por la dulce Shika, se movió por la gran plataforma central, hacia el punto donde una enorme boca de fuego levantaba llamas turbulentas, esperando acoger los cuerpos de las víctimas inmoladas.

El propio Kahngor en persona presidía excepcionalmente la magna ceremonia macabra, demostración inequívoca de que era un momento particularmente triunfal y decisivo para él. Los últimos rebeldes iban a

morir en el fuego exterminador. Su nuevo imperio de poder absoluto sería desde entonces una realidad incontrovertible.

—¡Oíd todos, ciudadanos de la nueva América! —clamó Shark a los reunidos, agitando ampulosamente sus brazos—. ¡Vais a asistir al momento en que todos los enemigos de la nueva América libre y segura, en manos de un ser elegido por la Providencia, sean inmolados para que nadie ose alterar en el futuro la paz y el esplendor de este hermoso país! ¡Kahngor, vuestro amo y señor, os saluda por mi intercesión, y os anuncia nuevas y prósperas realidades que muy pronto os colmarán de gozo a todos!

La masa, el populacho, encandilado y magnetizado por la autoridad omnipotente de Kahngor, el zar de una América distinta, rugió con entusiasmo, aclamando a su nuevo líder. Kahngor, hermético e inmutable en su trono, se limitó a agitar un brazo, en respuesta a aquel fervor popular.

—¡Cúmplase la sentencia! —tronó la voz poderosa del gigante sentado en el trono.

Los soldados hostigaron a la hilera de cautivos para que avanzase hacia el fuego. Saxon, con gran arrogancia y dignidad, les miró despectivo y avanzó sin dejarse conminar, seguro su paso, firme su voluntad.

—Tenéis ciega y enloquecida a la gente —dijo—. Los manipuláis mediante vuestras malditas máquinas programadoras… Pero llegará el día en que la auténtica libertad sea algo más que un sueño y no podáis seguir engañando a vuestro pueblo…

El noble, altivo Saxon, caudillo de los verdaderos hombres libres, se dispuso a inmolarse en el sacrificio final, junto con sus fieles camaradas…

De súbito, el clamor se hizo murmullo de terror, las voces de entusiasmo fueron suplidas por alaridos de pánico y sorpresa. Del cielo, descendió una luz radiante, que hizo saltar de su trono, sobresaltado, al poderoso Kahngor, y volverse, lívido, al servil Shark.

La luz se hizo materia en medio de todos. La negra nave se solidificó a la vista de la multitud. Y al abrirse la puerta, apareció, majestuoso, espada en mano, el *samurai* Kobe Sendai.

—¡Es el japonés! —bramó Shark—. ¡Ha vuelto, mi señor!

—¡Destruidlo! —rugió Kahngor—. ¡Acabad con él, pronto!

Los washingtonianos se miraron entre sí, esperanzados. De sus gargantas brotó un grito unánime de júbilo y de fiereza. Aun

encadenados, se lanzaron violentamente sobre sus asombrados, desconcertados guardianes, arrojando a muchos de ellos a las llamas y arrebatando sus armas a otros.

—¡Bravo, *samurai*, aquí estamos dispuestos a luchar hasta la muerte! —rugió Saxon, entusiasmado, enarbolando un espadón.

Kobe sonrió. Shark corrió hacia él con un grupo de sus esbirros. Todos ellos empuñaban armas de rayos térmicos. Rápido, Kobe atravesó al primer soldado con su espada, de lado a lado. Antes de caer el cuerpo a tierra, le arrebató el tubo de la mano y lo proyectó sobre los demás.

Brotó el rayo azul con gran potencia. Shark fue el primero en recibirlo. Con un alarido de agonía, su cuerpo se fundió, ardiendo como yesca, para convertirse luego en pavesas, junto a cinco o seis de sus hombres. Había vaciado por completo la carga de rayos, pero había valido la pena. El esbirro principal de Kahngor ya no existía.

—¡Y ahora voy a por ti, maldito tirano! —rugió Kobe, precipitándose hacia donde se hallaba el gigantesco amo y señor de América.

La diferencia de estatura entre Kobe y Kahngor era tremenda. Uno era un coloso, y el otro un enjuto y musculoso hombre oriental, no demasiado alto. Pero la astucia y la fuerza, la agilidad y la monolítica grandeza, estaban frente a frente. Los soldados, acosados por la furia de los washingtonianos, no podían ahora proteger a su supremo señor. Kahngor se quedó solo ante Kobe, cuando éste abatió con su sola espada a cuatro de sus hombres de sólo cuatro estocadas precisas.

—No sabes lo que haces —silabeó Kahngor, mirándole displicente—. Jamás nadie venció a Kahngor. Morirás, pequeño y odioso japonés.

—Aún estoy vivo, Kahngor —rio Kobe—. Prueba a terminar conmigo.

Los aceros chocaron. Sorprendentemente, Kahngor no pudo aplastar con su enorme espada a Kobe, como había esperado. La espada del *samurai* le paraba todos los golpes con rara astucia y rapidez. La multitud asistía, atónita, silenciosa, a aquel duelo fantástico, en medio de la plataforma, entre un gigante y un pigmeo, entre un coloso y un luchador.

Kobe también se encontró con una sorpresa: todos sus golpes y ataques parecían estar previstos por su enemigo que, con rara precisión, se anticipaba a él en décimas de segundo.

Ello sucedía una y otra vez, a medida que el duelo se prolongaba. Los mandobles ásperos de Kahngor encontraban el vacío gracias a la

endiablada agilidad de Kobe, pero éste se hallaba a su vez incapacitado para alcanzar a su enemigo de forma precisa, incluso en sus ágiles e increíbles saltos acrobáticos, para llegar hasta su torso con eficacia.

Hasta que, de repente, creyó advertir la razón. Alzó sus ojos. Desde la frente del coloso, aquella gema extraña, irisada, emitía de vez en cuando un destello púrpura. Justamente un poco antes de que él atacara, acaso con una o dos décimas de segundo de antelación.

No podía ser casual, pensó. Había algo en aquel gigante misterioso que presentía y advertía a su dueño de los acosos del enemigo. Y ese algo, a no dudar, era la enigmática piedra.

Rápidamente, Kobe planeó su estrategia. Llevó a Kahngor cerca de donde yacía otra espada. Y de súbito, con un brinco increíble, totalmente inesperado, abrióse paso entre los brazos titánicos de Kahngor y le arrojó la espada contra el casco, con precisión y violencia.

Resultó. La espada se estrelló en la piedra, arrancándola del casco metálico del gigante. Este vaciló, confuso, como si se sintiera bruscamente cegado. Se llevó una mano a los ojos, golpeó torpemente en el vacío con su espadón…

Kobe, veloz, se agachó, tomó la otra espada y, sin vacilar, con un nuevo salto de increíble agilidad, llegó a la altura del torso del gigante. Clavó su espada hasta la empuñadura en el corazón del mismo.

Kahngor se quedó rígido. Sus soldados le miraron, aterrados. La multitud se encogió con horror. El gigante se tambaleó. De su boca brotó un raro sonido inarticulado. Luego, cayó hacia atrás con violencia. Al golpear la plataforma con su enorme cuerpo, produjo un ruido atronador.

Quedó inmóvil, no sangraba. En vez de ello, de su cráneo brotaban chispas. Saltó el casco metálico al que estuviera unida la piedra misteriosa. La realidad se hizo patente a ojos de todos.

Allí no había cráneo ni cerebro humanos. Sólo metal, circuitos, electrodos… ¡Kahngor era sólo un androide! Dentro de su cuerpo se produjeron estallidos y chisporroteos. Su piel de plástico se arrugó y quemó lentamente.

—Dios, mirad lo que era Kahngor —jadeó Saxon—. Sólo un enorme robot… Tal vez el verdadero ayudante del profesor Yazar murió… o fue víctima de sus propios experimentos y tuvo que rehacer parte de su ser con metal y circuitos… No era humano…

La multitud, desilusionada, comenzaba a abandonar la plaza. Los soldados arrojaban sus armas, al verse sin líder. Saxon alzó sus brazos,

dirigiéndose a todos ellos.

—Esperad —clamó—. ¡Un simple muñeco ha sido destruido! ¡El mal que os dominaba ha muerto! ¡Ahora sois libres de elegir la verdadera paz y un futuro mejor! ¡Volvamos a ser lo que fuimos, y aprendamos del pasado para no cometer los mismos errores! ¡Yo os ofrezco esa paz, esa libertad que todos necesitamos! ¡Buscaremos la forma de devolver las plantas y los animales a la tierra! ¡El procedimiento existe, aunque el siniestro Kahngor siempre lo mantuvo oculto! Daremos con él y haremos de este mundo caótico de hoy un fértil vergel de esperanzas para todos… Yo, Dick Saxon, os pido vuestra ayuda y comprensión, hermanos de América, hermanos de la Tierra toda.

La gente reaccionó, libre ya sin duda del influjo de sus mentes que ejercían los raros poderes de Kahngor, comenzó a aclamar al nuevo líder. Saxon sonrió, rompiendo sus cadenas con férreas manos y liberando a los demás.

Luego se Volvió a Kobe, le abrazó con calor.

—Gracias a ti hemos recuperado dignidad y libertad, hermano Kobe —dijo—. Dios te bendiga, *samurai*. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Quedarme —sonrió Kobe—. Y luchar a vuestro lado por ese mañana mejor. Ya nada me ata al pasado, a mi pasado.

—¿De veras? —musitó dulcemente Shika—. ¿Ni siquiera Suzuki?

—Ella menos que nadie —declaró Kobe, mirándola—. Ya nada ni nadie me apartarán de vosotros.

—No sabes qué feliz me haces, Kobe —susurró la joven japonesa, aferrando su mano.

Saxon sonrió al ver la confusión en el rostro del *samurai*.

—No creas que Shika es algo mío —declaró—. Sólo una camarada más. Yo tuve mujer e hijos. Kahngor los exterminó. Juré no tener nunca más mujer alguna que supliera a mi amada perdida. Shika es ahora amiga tuya. Algún día, puede que supla a Suzuki en tu corazón, Kobe.

El japonés sonrió. Miró a su compatriota, y afirmó despacio.

—Creo que no será difícil —admitió—. Ahora, olvidemos todo eso y empecemos la lucha por el mañana, Saxon.

—Sí, Kobe. Empecemos esa lucha, hermano mío. Valdrá la pena, créeme.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

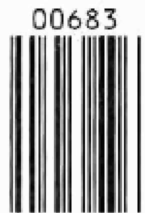
suspense...

ROJO

acción...

ROJO





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España